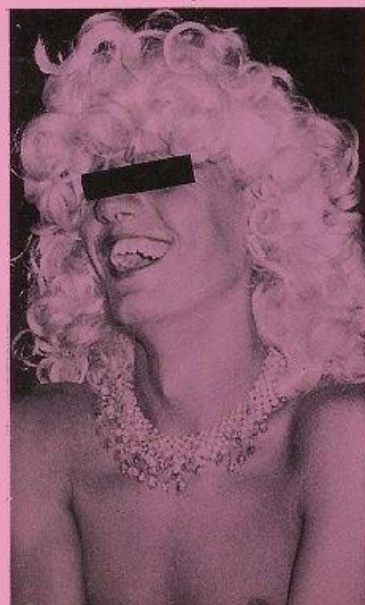


Los amores prohibidos

Leopoldo Azancot



La sonrisa vertical



Estos son «Los amores prohibidos» de un joven perseguido por la policía, por razones políticas, que encuentra refugio en el apartamento de una hermosa y extraña prostituta, quien, al descubrirle, en modo insospechado, placeres que él jamás pudo imaginar, trastornará sus más íntimos impulsos y cuestionará toda su vida.

Leopoldo Azancot nos introduce hábilmente en la atmósfera enrarecida y obsesiva en la que, dadas las circunstancias, debe adentrarse el joven revolucionario, quien hasta entonces había vivido fuera de sí mismo, simplemente para los demás, y, de pronto, por azar, se ve transportado al mundo, oscuro y confuso para él, de su propia entidad, de su propio ser, por el dédalo de las imprevisibles revelaciones de su sexualidad.



Leopoldo Azancot

Los amores prohibidos

La sonrisa vertical - 20

ePub r1.0

Titivillus 28.11.15

Título original: *Los amores prohibidos*
Leopoldo Azancot, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Aunque el semáforo había pasado del ámbar al rojo, el automóvil no se detuvo: como bajo el empuje del aún lejano ulular de la sirena policíaca a su zaga, cruzó en un relampagueo la franja cebrada del paso de peatones, patinó ligeramente al ajustarse hacia la izquierda —para bordear la fuente central— e, inopinadamente, rozó el bordillo que protegía ésta, se empinó sobre él, y, con estruendo —rugió por última vez el motor, al quebrarse los cristales—, se incrustó en la rotunda taza pétrea, humeante y, de súbito, silencioso, mero amasijo de chapas alabeadas.

—¡Sargento de guardia! —gritó uno de los centinelas apostados ante la Escuela Superior del Ejército —se encontraba arriba de la escalinata, entre las falsas columnas griegas, en la oscuridad nocturna del pórtico—, al ver y oír, simultáneamente, tras los segundos de expectación y zozobra que siguieron al choque, correr a un hombre por delante del iluminado monumento a Isabel la Católica, al otro lado del paseo, y chirriar los frenos de un vehículo de la policía —su sirena, ensordecedora, forzaba a retener la respiración—, más allá de los árboles que le impedían distinguir la fuente donde tuviera lugar el accidente. Mas nadie respondió a su llamada.

Otro automóvil —éste, sin sirena, pero también cargado de policías— descendió a toda velocidad por la calle de Vitruvio; atravesó sin detenerse el paseo de la Castellana; se detuvo a la entrada de la plaza de San Juan de la Cruz, en la esquina del Ministerio de la Vivienda, junto al de los perseguidores directos del coche siniestrado; y sus ocupantes

—una pareja de uniforme y otra de paisano— corrieron a unirse a aquellos, que, con las armas amartilladas y los rostros tensos, observaban ahora el cadáver reclinado sobre el volante, la sangre que manchaba el salpicadero y la tapicería del asiento vecino al del conductor, la puerta oscilante y desgonzada.

—Eran dos —dijo quien los mandaba—. Y lo más lógico es que, el que escapó, vaya hacia la plaza del doctor Marañón. ¿Alguno lo ha visto? —Un clamor de cláxones fue la única respuesta que recibió—. Bien. Tú —señaló a un guardia uniformado— desvía el tráfico. Tú —el aludido se puso en movimiento antes de que acabara de hablar— avisa por radio a jefatura. Y vosotros —se refería también a los ocupantes del otro coche, que acababan de unírseles— salid corriendo. Cogedlo vivo —gritó, para que lo oyeran. Y luego, más bajo—: Si podéis.

En la esquina de la calle Salas con Castellana, una muchacha apostada de cara a la entrada del paso subterráneo de María de Molina —llevaba tacones muy altos y los brazos desnudos; jugueteaba nerviosamente con el cierre de su bolso — fue la única, entre las escasas personas que recorrían la zona —ella, de hecho, no circulaba: permanecía inmóvil sobre sus incómodos zapatos, con los ojos expectantes—, en advertir que había algo raro en la actitud del muchacho que, procedente de la zona de los Nuevos Ministerios —de los altos del Botánico, quizá—, irrumpió en la plaza con aire sosegado, sin mirar ni a derecha ni a izquierda; dudó, al llegar al cruce, sobre qué camino seguir; y, repentinamente decidido, dio un salto hacia adelante y comenzó a sortear peligrosamente los coches que confluían hacia la boca del subterráneo, en su dirección.

Él la tomó del brazo, clavándole los dedos en la carne tierna. Ella no se quejó.

—Pero ¿qué haces? —dijo, sin embargo, al ver que el muchacho la arrastraba hacia arriba, a lo largo del muro rematado por grandes paneles publicitarios que los faros iluminaban fugazmente—. ¿A dónde vamos? —Y, como él continuara tirando de ella, haciéndola tambalearse sobre sus

tacones afilados y frágiles, forzándola a caminar casi a la carrera—: Ya está bien, ¿no? ¡A ver quién te imaginas tú que soy yo!

El muchacho —habían llegado a la esquina de la calle Pinar, empezaban a descender por ella— enrojeció —tanto, que su rubor resultó visible a pesar de la oscuridad reinante —, aflojando de inmediato su presa.

—Perdón —balbuceó—. Me equivoqué. Al verla allí parada, esperando, creí que era usted... Bueno, ya sabe.

Ella, dueña ya de sí, hizo revolotear sus largas pestañas.

—Bien —dijo. Y, curiosamente, no añadió una incongruencia típicamente femenina, del tipo «Y eso, ¿qué tiene que ver?», sino que, tomándolo, ahora ella, del brazo, le dirigió una sonrisa y se puso de nuevo en marcha, preguntando a media voz—: ¿Qué es lo que querías de mí?

Al otro extremo de la calle en cuesta, procedente de la Castellana, un automóvil negro surgió sin ruido, haciendo girar su intermitente luz azulada, y comenzó a subir, muy lentamente, en dirección a la pareja. Como consecuencia de la escasa luz y de la distancia, no resultaba posible distinguir cuántos hombres —era un coche muy largo— se agazapaban en su interior.

—¿Qué es —indagó él— lo que acostumbras a cobrar por pasar la noche con un chico? Quiero decir...

Ella lo interrumpió.

—Ya sé lo que quieres decir —afirmó—. Pero ¿sabes? Eso depende. Depende de si me gusta o no el chico. Y si no es un chico, y no me gusta, a lo mejor ni siquiera lo hago, por mucho que me ofrezca.

Él sonrió, embarazado, nervioso.

—Bueno, un chico sí que lo soy. Tengo veintidós años. El problema está en si te gusto o no. ¿Cómo me encuentras?

El coche, ya, ¡ay!, a muy pocos metros de ellos.

—No estás mal. En realidad, te encuentro bastante bien. Con esos ojos grises...

La luz de los faros del vehículo barrió los cuerpos abrazados.

—Oye —dijo ella cuando los labios del muchacho se

apartaron de los suyos—. ¿No te ha dicho nadie que besas de un modo estupendo?

Y, sacando de su bolso un espejito y una barra de labios, y apartándose de él —que no le prestaba atención, que observaba con el rabillo de un ojo cómo el coche subía y subía, llegaba al término de la calle y giraba a la derecha, desapareciendo—, empezó a retocarse la pintura de la boca, cuyo contorno —mucho menos suave sin el *rouge* que el contacto con los otros labios había hecho desaparecer— recobró en seguida su delicado perfil primero, mezcla de agresividad y dulzura.

—¿Estoy bien? —le preguntó—. Él la miraba de nuevo, distendido, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y fruncía los labios con fingida inocencia. Y luego: —¿Otra vez con prisas?

Pues el muchacho, habiéndola tomado de la mano, cruzaba ahora a buen paso la calzada, como para rehuir el resplandor que salía, junto con varios hombres de continente severo, por la puerta abierta del Club Internacional de Prensa.

—Creo que conozco a uno de éstos —explicó él a la muchacha, que se apresuraba en su pos con las piernas estorbadas por la falda y los pies emperezados por el miedo a tropezar con algún resalte del bufado pavimento de la acera —, y no me gustaría que me viera.

Ella se detuvo, balanceando el bolso con cólera. Buscó un apoyo a su espalda en el tronco de un árbol. Y, como perdiera el equilibrio al hacerlo —sólo a duras penas consiguió evitar que el traspies se convirtiera en caída—, la ira tiñó su voz, al decir: —Bien. Tú te vas y yo me quedo. Porque no te necesito, ¿entiendes? Y si quieres desahogarte, avíate tú solo. No será la primera vez, a juzgar por tu torpeza. ¿O me equivoco? Claro, como yo vivo al margen de la sociedad, a ti te avergüenza que te vean conmigo.

Al otro lado de la calle, el rumor de los pasos —que sobresalía por encima del más poderoso y omnipresente, pero amortiguado por la relativa lejanía, procedente del tráfico de la Castellana— del grupo salido del Club se fue apagando a

medida que los integrantes de éste —taciturnos, como desvaídos por la continua aunque morosa alternancia de las luces y las sombras sobre sus cuerpos— bajaban la pendiente, hasta acabar por extinguirse. Y sólo entonces, al desaparecer la posibilidad de que sus excusas pudieran ser oídas por alguien más que por su compañera de fortuna, aislada de él por el círculo aromático que el árbol sobre cuyo tronco se apoyaba parecía haber trazado a su alrededor, el muchacho alzó patéticamente las dos manos, para probar su indefensión, y dijo, con voz estrangulada:

—Yo te juro...

Ella miró el rostro lábil, infantil a causa de la angustia, que emergía —semejante a un garabato trazado con tiza— de la penumbra ambiente, a pocos pasos de ella; consideró el cuerpo fornido, macizo y esbelto a la vez, que se le ofrecía sin reservas, sumiso, y la calidez sincera de la voz que la interpelaba, tan próxima y tan distante.

—Venga. Vamos —dijo, poniéndose en movimiento.

Al llegar —tras haber cruzado López de Hoyos y Hermanos Bécquer— al arranque de la calle del General Orea, él se decidió a tomar la palabra:

—Yo sí que estoy al margen de la sociedad —susurró—. ¿No viste el coche de la policía, hace un momento? Iba en mi busca.

Esperó ella a que un transeúnte, de pronto detrás de ambos —el muchacho, contrayéndose al oírlo acercarse, había vuelto furtivamente la cabeza—, los adelantara.

—¿Por qué? —preguntó, al ver que el hombre alcanzaba ya la calle de Serrano, bañada por una resplandeciente luz lechosa, enfermiza, y recorrida por automóviles apresurados—. ¿Qué fue lo que hiciste?

Él no contestó hasta que, después de atravesar a la carrera la ancha calzada de ostentosa iluminación quirúrgica, se hubieron acogido de nuevo a la semioscuridad de la calle secundaria por la que ascendían.

—No, no he robado. Me persiguen porque soy uno de los pocos españoles para los que aún cuentan la decencia y la justicia. ¿Cómo te lo diría yo? Ellos me llaman un terrorista.

Y aun hablar de mí puede ser un delito. ¡Hasta tal punto nos temen, o nos odian! Yo iba esta noche con un compañero, que ha muerto.

—¿Lo mataron ellos?

Dos policías —el más alto, armado con metralleta— surgieron ante sus ojos, no muy lejos —los dos jóvenes buscaron refugio uno en el cuerpo del otro, deteniéndose—, miraron en su dirección, sin verlos, y continuaron su camino por la calle de donde salieran —Claudio Coello—, rumbo a María de Molina, distendidos y emperezados.

—Ésos —dijo el muchacho, haciendo que su compañera se apresurara tras de él, hasta la esquina, desde donde comprobaron que los agentes seguían su ronda sin señal de alarma o tensión alguna— no deben de saber nada, no están sobre aviso. Pero pronto lo estarán, a no dudarlo. —En aquel momento, uno de los policías se acercó al oído el *walky talky* que llevaba en la mano, dando muestras, en seguida, de gran agitación, y haciendo un gesto a su compañero de la metralleta, para que se le aproximara—. ¿No te lo dije? Corre.

Y corriendo atravesaron la calle.

—Vivo aquí —dijo ella, poniéndose los zapatos que se quitara para seguir más fácilmente a su pareja, sin ruido, unos metros más allá de la confluencia de las dos calles—. Espérame un momento. Voy a ver si hay alguien en la portería.

Regresó de inmediato —él respingó, sobresaltado, todo ojos y oídos de cara a la dirección por la que podía llegar el peligro, cuando la muchacha posó una mano en su hombro, para indicarle que la siguiera—. Y le explicó en voz baja, mientras ambos se adentraban en el portal, y subían los escalones, y cruzaban por delante del mostrador vacío del portero, y recorrían el pasillo hasta los ascensores —tomaron uno—, que en el fondo era igual que alguien de la casa lo viera, pues todos estaban acostumbrados a que ella llegara acompañada por extraños, pero que, en el fondo, mejor así, ya que si a la policía le daba por indagar allí —lo que no era en absoluto probable: «¿Por qué se les iba a ocurrir

hacerlo?»—, nadie podría dar razón de ellos.

—Los vecinos me miran mucho —concluyó al pararse el ascensor—; sin embargo, yo pienso a veces que es como si no me vieran.

Y diciendo esto, abrió la puerta de su apartamento con el llavín que, sorprendentemente en una mujer, ya llevaba en la mano, y, de modo no menos extraño, después de encender la luz del diminuto *hall*, sin entrar en él, dio paso a su acompañante, cerrando luego tras de sí la pesada hoja, cuya cadena de seguridad fijó con destreza a la jamba correspondiente.

—El nerviosismo —comentó el muchacho, encendiendo un pitillo— me ha hecho hasta olvidarme del tabaco. Con todo lo que yo fumo. ¿Dónde tiro esto? —Dejó la cerilla quemada en el cenicero de cristal de roca que había a su derecha, sobre la tapa de mármol de una antigua jardinera en cuya luna se sorprendió reflejado; contempló las tres reproducciones (Degas, Gauguin, Van Gogh) enmarcadas con madera de un color semejante al del mueble, dispuestas simétricamente en el tabique frontero a la puerta—. Qué bien instalada estás —añadió.

Ella —«Esa es la cocina», había explicado, señalando con la mano, a su paso hacia el interior, una habitación pequeña y oscura, de la que provenía el leve aroma a leche y a fruta que se dejaba sentir en el *hall*— se entregaba en aquellos momentos a la tarea de iluminar el salón —«¿te gusta?», preguntó, al ver que él la observaba desde fuera. «Anda, pasa»—, marchaba ya, balanceándose sobre sus buidos tacones, en dirección al dormitorio —con lo que, como quiera que la entrada al mismo se encontraba, formando escuadra, junto a la del salón, en cuyo hueco se recortaba la figura del muchacho, se aproximó a éste, lo rozó con la seda de su falda, dejándole como prenda de su presencia el rastro del perfume que su carne joven trasminaba y que él no percibiera hasta entonces—, encendía la luz del cuarto de baño anejo a la alcoba y hacía correr el agua de uno de los grifos del lavabo.

—Siéntate —gritó—. En seguida salgo. Y bebe algo, si

quieres. Las botellas y las copas están en el mueble grande — se refería al que ocupaba el testero opuesto a aquél ante el cual el largo sofá y los dos sillones a juego formaban semicírculo alrededor de la mesita baja, forrada de cobre y adornada con un florero mínimo y dos ceniceros de cerámica, cuya forma se repetía, a mayor tamaño, en la de la alfombra lanosa que daba unidad al conjunto—. Exactamente encima del televisor.

—¿Puedo —preguntó él, como si no la hubiera oído— apagar las luces y bajar un poco la persiana? Me gustaría ver si hay guardias en la calle.

—Claro. El interruptor...

Pero ya el muchacho lo había encontrado, y la oscuridad —más intensa a causa de que la persiana, al caer, amortiguara la luz procedente de afuera— se había hecho en el salón.

—No hay nadie —murmuró él, pugnando para ver por las rendijas— abajo. Ni un alma, por fortuna. Han —pegó la mejilla derecha a los listones de madera, a fin de ampliar su campo de visión— perdido mi rastro. Y respiró hondo.

—¿Enciendo las luces? —indagó ella en voz baja, dando calor con el suyo al cuerpo del muchacho.

—Sí, sí —dijo él, alargando en su busca una mano, que se perdió en el vacío, pues la mujer se había alejado hacia el interruptor; brotó de consumo una luminosidad velada de las dos lámparas de pie, con pantallas de pergamino festoneadas de terciopelo, que flanqueaban el sofá, dejándole, tan sólo, el recuerdo ansioso y cálido de su proximidad, tan delicada y bienoliente.

—Siéntate ahí —oyó que le decía.

¿Y qué hubiera podido hacer un muchacho como él, sino obedecerla?

Desde el extremo del sofá más próximo al tabique medianero entre el *hall* y el salón —una planta trepadora de gran tamaño, muy ramificada, cubría de arabescos verdeoscuros la blanca superficie granulosa del mismo—, la observó, así, mientras ella, cubierta por una revoloteante bata de gasa clara —¿salmón o rosa?—, se acercaba al mueble-

biblioteca, abrió con un chasquido el compartimento de las bebidas, sacaba dos altos vasos de cristal tallado y una botella de *whisky*, y, tras haberle dejado ver el adorable talón rosado de uno de sus pies —embutidos en zapatillas de raso y largo tacón, con pompones de pluma—, se volvía hacia él, le sonreía —cerrándose pudorosamente, con el antebrazo de la mano que sujetaba el gollete de la botella, la gorguera de la bata, por entre la que se escapara momentos antes un pecho breve y duro, sobrehumanamente cándido—, escanciaba la bebida, se arrellanaba en un *puf* de cuero —con uno de los vasos en la mano diestra— y, al cruzar las piernas, dejaba al desnudo, hasta medio muslo, una de ellas: de satinada piel resbaladiza y líneas mórbidas, de estrechos tobillos, de carne prieta en las pantorrillas enjutas y corvas suaves.

Él bebió un largo trago.

—¿Te gusta así, puro? —indagó la muchacha al ver como apretaba los párpados y fruncía los labios, sofocando un estremecimiento. Y luego, sin solución de continuidad, al tiempo que hacía balancearse sobre el empeine de su pie descalzo la historiada zapatilla—: ¿Me dijiste ya tu nombre?

—Miguel —contestó el muchacho—. Y tú, ¿cómo te llamas?

Ella tardó un instante más de lo preciso en responder:

—Esther —dijo, buscando a ciegas, con los dedos del pie muy separados (tenía hermosas uñas rosadas), el calzado, que se le acababa de caer—, ¿me das un cigarrillo?

La rizada aureola de su cabello, su frente tersa, su mano ligera y grácil —que sostenía, sin apenas tocarlo, el liviano cilindro de boquilla jaspeada—, su nariz —de aletas palpitantes y muy recta—, fueron arrancadas a la penumbra de que ella se rodeaba —había tomado asiento en el punto de la habitación más distante de las dos mortecinas lámparas— por la llamarada breve de la cerilla que temblaba en la mano del muchacho, quien, por puro tropismo, no dejó de acercarse, con reverenciosa contención, a la rubia masa undosa de la electrizada cabellera, hasta que su compañera, soplando bruscamente sobre la cerilla y sobre la mano de dedos agarrotados —cuya piel recibió la ardiente columna

del aire expelido como una caricia—, la echó hacia atrás y hacia un lado, en un doble movimiento de singular armonía que puso de manifiesto su extraña perfección, las exquisitas proporciones del cuello que la sustentaba.

—Siéntate, ahora —dijo la voz que emergía, bermeja, de los labios apenas entreabiertos—, y cuéntame lo que ha pasado.

Él obedeció. Con movimientos sumisos. Con torpeza viril.

—No sé por dónde empezar —se excusó—. Estoy cansado. Y me cuesta concentrarme.

—¿Mató la policía al amigo que iba contigo?

—No directamente. Nos perseguía. Y nosotros chocamos. El coche quedó destrozado, y Luis, muerto.

—¿Qué habíais hecho? Porque no me vas a decir que se lanzaron contra vosotros por pura antipatía.

—Hoy no habíamos hecho nada. Veníamos de una reunión. Nos reconoció, al paso, la dotación de un automóvil que recorría los alrededores de la plaza de Castilla. Y por poco nos caza allí mismo, pues Luis iba distraído, discutiendo.

—¿No estabais de acuerdo en todo, los miembros de vuestro grupo?

Él se envaró.

—¿Qué grupo?

Se ahuecaba el cabello la muchacha, de manera mecánica.

—Dijiste que veníais de una reunión.

—¡Ah, sí! —Dudó un momento—. Pero no había disensión acerca de lo esencial: todos pensamos que esto es una siniestra mascarada. Y que hay que protestar contra ella con todos los medios de que se disponga.

—Mascarada, ¿cuál? —se extrañó la muchacha.

—La que el país está sufriendo. ¿O crees tú que vivimos en una verdadera democracia?

—Las cosas han mejorado, pienso yo. Están cambiando, para bien. Sólo es cuestión de tener paciencia. ¡Si tú supieras cómo iban antes para nosotras!

Él se indignó.

—¡Por favor! —dijo—. ¡Pero si los fachas siempre han

tenido una especial predilección por las mujeres que...!

—No hablo de eso.

—¿De qué entonces? —Ella permaneció en silencio—. Y además, os irá bien si únicamente pretendéis integraros por completo en la sociedad que padecemos, sin preocuparos de que esté podrida. —Su rostro se encendió—. Pues bien, ¿sabes lo que te digo? Que las chicas como tú habéis mejorado de situación porque el pueblo, que se está librando de prejuicios, presiona en vuestro favor sobre el poder, y porque el poder prefiere ceder en esto, que considera un mal menor, que en las cosas que verdaderamente le preocupan. ¡Que cambien un poco, aunque dentro de un orden, las apariencias; pero que nadie ose tocar las estructuras! Unas estructuras —añadió— que son franquistas; como son franquistas, también, los hombres que las defienden y las sustentan. Fíjate bien en quienes nos mandan: los hombres más jóvenes de la dictadura, los que bajo el tirano del Pardo no consiguieron medrar todo lo que querían. Porque entre ellos son como lobos. ¿No recuerdas lo que escribía no hace tantos años Ansón sobre la que él, cucamente, llamaba la generación del Príncipe, quejándose de que iba en camino de convertirse en una generación perdida?

Estaba magnífico —acerado, violento, masculino—, y ella, plegada muellemente sobre sí —sus ojos brillaban— lo percibía.

—Este país —prosiguió Miguel, con palabras que animaba una pasión creciente, como si, habiendo advertido el efecto de las precedentes sobre Esther, buscara de modo ambiguo en las nuevas, entre consciente y no, un medio de desfogar su indignación cívica, sí, pero también, un instrumento con el que potenciar la expresión de su masculinidad— carecerá de futuro hasta que no restablezca la justicia, hasta que no opte claramente entre el feudalismo y la democracia. ¿Capitalismo? Pues a fondo. Pero repudiando antes el pasado, procediendo a una depuración sin piedad, condenando (y no sólo formalmente) el pasado de robos y crímenes de la dictadura. Ni siquiera una democracia burguesa puede afianzarse sobre una realidad tan corrupta, en la que lo

bueno es malo, y viceversa. ¿Quién va a creer en las leyes, en la justicia, si los latrocinios y los crímenes cometidos desde el poder quedan impunes?

—Baja la voz —pidió ella—. Van a oírte los vecinos.

Suspiró Miguel. Se pasó una mano por los labios resecos. Se llevó a éstos el vaso de *whisky*. Después, levantándose cruzó la habitación —ella no se movió cuando él pasó por su lado—, echó un vistazo a la calle —estaba vacía, mal iluminada, triste—, contempló la espalda curvada de la muchacha —se la adivinaba indomeñable bajo la vaporosa bata—, la masa de rizosos cabellos dorados a través de la que se vislumbraba su medio perfil, las nalgas pequeñas —que, por contraste con la muelle y hundida superficie del *puf* de cuero rugoso, parecían musculadas, se adivinaban de seda.

—Estamos en las garras manicuradas —rezongó— de los cachorros, ya un poco maduros y ya un poco ajados, del franquismo, del capitalismo, de la Iglesia.

Al oír esta última palabra, Esther salió de su estado de admirativo estupor. Lanzó lejos de sí sus zapatillas, se abrió de piernas —de nuevo en su asiento, Miguel dejó que sus ojos se perdieran entre las sombras de los muslos apenas velados —, apoyó los codos sobre las rodillas. Sus manos largas, de yemas sensibles, pendían, inertes y entregadas, hacia el suelo.

—Ni los menciones, te lo ruego —dijo—. No vengas a hablarme a mí de curas. ¡Los detesto! —Y sus ojos refulgían—. Han sido y son mis peores enemigos. Cuando yo tenía diez o doce años, cometí la torpeza de confiarme a uno de ellos; y su reacción, odiosa, me marcó para siempre.

Una. Dos. Tres. Cuatro veces, el teléfono —el primer timbrazo había hecho saltar a ambos sobre sus asientos— se dejó oír, amenazadoramente, al lado mismo de Miguel, desde el suelo. No hubo una quinta. Con un *clic* casi inaudible, enmudeció de nuevo.

—No te preocupes —la voz de la muchacha se mostraba, sin embargo, desasosegada al decir esto—. Debe de ser uno de mis clientes, casi siempre me avisan antes de venir. —Se acomodó otra vez en su *puf*, pero con las piernas unidas ahora, levemente ladeadas con respecto a la vertical del

tronco, enhiesto—. ¿Qué te estaba diciendo?, —la ávida mirada de él sobre los bultos gemelos de sus pechos, la distraía, evidentemente—. ¡Ah, sí! —continuó, retomando el hilo de sus recuerdos—. Te hablaba de mi amigo. ¿O no lo mencioné todavía? Se trataba de un chico desmedrado, sucio, pero, como pronto comprobé, apasionado y ardiente. De mis mismos años. Una tarde a la salida del colegio, cuando cruzábamos un descampado, me tomó de la mano, sin que yo opusiera resistencia a pesar de que nunca antes me había tocado, y me llevó hasta una zanja, a cuyo fondo yo me dejé caer, para seguirlo. Se puso en cuclillas y yo lo imité. Se abrió la portañuela de su pantalón, sin que ni él ni yo dijéramos nada, y sacó con dificultad lo que yo jamás había visto hasta entonces: un miembro tenso, desmesuradamente grueso, de roja cabeza temblequeante. «Toca», me pidió con un hilo de voz. Yo lo obedecí. Y él, cerrando su mano sobre mi mano, me obligó a sentir cómo aquello ardía, cada vez más duro, y de qué manera tan turbadora la piel suave se desplegaba sobre toda la extensión del músculo, hasta que los dedos topaban con la vena hinchada que coronaba el fruto monstruoso, que se abrió, como una herida de labios ávidos, para lanzar sobre mí, que casi me desmayé al oler el líquido espeso, un chorro intermitente, de blancura inaudita. Se acariciaba ahora, con mano distraída, uno de los pezones, sin dejar de mirar a Miguel, quien, muy rojo, observaba, fascinado, el lento hormigueo de los invisibles dedos bajo la tela frágil de la bata. ¿Por qué, estúpida de mí, iría yo a contárselo todo a aquel hombre secretamente vicioso? Pues has de saber que sus ojos refulgían, allá en el fondo oscuro del confesionario, mientras yo le daba cuenta de lo ocurrido, cambiando sin cesar de postura: nervioso, inquieto. Y que cuando acabé de hablar, arrebolada y hundida en la vergüenza, clavó sus dedos en mis hombros, me zarandeó, amenazándome con la muerte, con la corrupción, y jurando que daría cuenta de mi pecado a mi padre y a mi madre, y que me pondría como ejemplo de maldad y vicio a todos los niños y niñas que fueran a confesarse. —Eché humo hacia Miguel, manteniendo muy rígido, entre los dedos de la mano

que acababa de sacar del escote, el largo pitillo. Para a continuación seguir hablando—: Aquel día —musitó—, dejé de creer en Dios, para escapar de su ira; y me propuse llegar a ser lo que hoy soy, como venganza contra todos, como desafío frente a quienes quieren dominarnos aprovechando la debilidad de nuestra naturaleza. —Y diciendo esto, los dedos de sus pies descalzos se engarbaron sobre una presa invisible—. Hoy, digas tú lo que digas —prosiguió, tras una pausa anhelante, con la voz de nuevo lisa— esa gente ya no es lo que era. Tienen menos poder. Y además: los rojos les plantan cara, no permitirán...

La interrumpió Miguel.

—¿Qué rojos? —le preguntó—. Avísame si los ves, porque yo no los encuentro.

—Los comunistas. Los socialistas. Tú y tus compañeros.

Rió él. De nuevo combativo.

—¿De qué comunistas hablas? ¿De los de Carrillo? —dijo—. Por lo que se ve, no sabes que éste cuenta con bastantes curas entre sus filas. ¡Anda, árame esa mosca por el rabo! Yo no me fío de los grupos en los que alguien que lleva o llevó sotana o alzacuello encuentra fácilmente su sitio. Y además, ¿es que no te das cuenta de que a Carrillo sólo le preocupa su partido? Cree en él como un cardenal en la Iglesia; de tal modo, que tanto el materialismo dialéctico como el dogma resultan secundarios para ambos. Él, por otra parte, como Tarancón, actúa a partir de la certeza de que cuenta con todo el futuro. Por supuesto que preferiría implantar ahora mismo, aquí, la dictadura de su partido; pero como es realista, y sabe que no puede, ni siquiera finge que lo intenta. El partido es eterno (piensa) y ya le llegará su hora. —Hizo una pausa—. Lo grave —añadió— es que si el partido puede esperar, el pueblo no puede.

—¡Chico! —lo interrumpió Esther, admirativamente—. No respetas nada. ¡Tú te pasas lo más sagrado por el forro de los cojones!

La sorpresa de Miguel ante lo extemporáneo de la última exclamación de la muchacha, que no condecía con la cultivada elegancia de su trato —como tampoco concordaban

la torpe litografía que acababa de descubrir, al levantarse del sofá, sobre éste, y las reproducciones del *hall*: aquel ciervo, cornudo hasta el masoquismo, que abrevaba en un regato, mientras el sol se ponía, con exceso de chafarrinones, tras unas montañas dentadas que parecían hechas con manteca de cerdo, testimoniaba un gusto redomadamente atroz—, su estupor, dieron pronto paso a una carcajada que hizo fruncir el entrecejo de ella.

—Y por lo que hace a los socialistas —continuó—, ¿qué quieres que te diga? Es el centro, pero pasado por el surrealismo. ¡De verdadera coña! Aunque, después de lo de Allende, hay que reconocerles, por lo menos, tupé: sostener que desde el poder se pueden propiciar cambios hacia la izquierda en un país subdesarrollado políticamente, en manos de la banca y del clero, implica una desfachatez inviable sin muchos de esos adminículos a cuyo forro tú aludías antes.

Cesó de hacer aspavientos. Algo en una de las repisas del mueble-biblioteca había llamado su atención. Se acercó a ello. Lo miró. Lo cogió con las dos manos. Y dijo:

—Y éste, ¿qué hace aquí?

—Lo adoro —dijo ella—. Fíjate qué guapo es. Y qué boca tan bonita tiene, ahora que se ha arreglado las muelas. ¡Yo no sé lo que daría por que me mirara, siquiera una vez, con esos ojitos tristes, agrandados por las ojeras! —Era una fotografía de Adolfo Suárez. Con marco de plata—. A él, por lo menos —susurró, untuosa, levantándose y pasando acariciadoramente por el cristal una de sus finas manos, de uñas ovaladas—, no le regatearás el mérito de habernos traído la democracia.

Bufó él.

—¡La democracia! —exclamó—. ¡A cualquier cosa llamas tú democracia! Además, éste ha traído eso como podría haber traído un oso panda. Él hace lo que le ordenan, y si tiene éxito en su gestión es porque, como buen franquista, conoce bien los entretelones del tinglado neomovimientista que, atado y bien atado, heredamos del dictador. ¡Una democracia desde la que, con la constitución en la mano, no resulta posible modificar las estructuras capitalistas (ni, peor aún, las

feudales) que nos coartan! Y como guinda del cocktail, ¡un partido socialista cuyos jefes mostraron una satisfacción de niños, la primera vez que entraron en el Parlamento, porque sus mayores al fin les habían dado acceso a un lugar hasta entonces prohibido para ellos! «Ya somos adultos», parecían decir, dándose con el codo y con gran exhibición de dientes, ante las cámaras de televisión y la sonrisa condescendiente de los miembros del partido o de la partida de Suárez, un hombre que a los quince años (según sus turiferarios) no soñaba con luchar por unas ideas, o con propiciar cambios que abrieran el futuro a su país, o con follarse a una criada, sino con subirse en el más alto pedestal, con llegar a ser presidente: de la tercera República o del primer gobierno de la Monarquía. —Reflexionó un momento—. Bueno, seamos justos: eso último, no. En sus años juveniles se cantaba por toda España aquello de «No queremos reyes...».

—¡Dame esa foto! —exigió ella, arrebatándosela de las manos, apretándola contra sus senos—. Eres un bruto. Y —añadió— un desconsiderado. Un desagradecido.

Él la miró, irónico, a los ojos.

—¿Quieres hacerme un favor? Tenla escondida hasta que yo me vaya.

Al acucillarse la muchacha para guardar la fotografía en la parte baja del mueble, al otro lado de unas puertecitas que cerró con llave, una de las piernas de Miguel quedó encajada entre sus nalgas. No se apartó ella. Miguel tampoco: sintiendo, a través de la tela de la bata, la cálida mordedura de la carne deseada, la suya también se enardecía, endureciéndose allí donde era más sensible, abultando su pantalón, moviéndolo a desconectar todos sus mecanismos de censura interior —miedo, sentimiento de inferioridad ante la mujer, vergüenza, viejo sentido de culpa frente a los deseos carnales aún no superado—, y a hacer lo que hizo. Que fue —una vez que ella se hubo enderezado: morosamente, como con desgana— aplastar su virilidad contra la grupa carnosa de la mujer; permanecer así, con las mejillas ardientes y la respiración en suspenso, hasta que sus brazos, por propio impulso, se cerraron sobre el busto de ella; introducir una

mano —mientras que con la otra, pasada alrededor de la estrecha cintura, tiraba hacia sí del cuerpo, encrespadamente femenino ahora— por el escote, buscando un pezón que se endureció entre sus pulpejos; jadear, desacompasadamente; buscar, con los labios arremangados sobre las encías, el largo cuello, y morder allí, junto a la clavícula, mientras su pelvis daba topetazos, de creciente violencia, sobre las crispadas nalgas.

Tardaron en comprender qué era lo que los había arrancado de su unión.

—El timbre —musitó ella, al fin.

Y él se descompuso.

—¡No abras! —pidió, demudado.

Más allá de la puerta, quien fuera, insistió en su llamada.

—Habrà visto la luz encendida. —Esther hablaba para sí—. Si no respondo, acabará por llamar la atención de los vecinos. —Volvió la cara hacia el muchacho—. Pero ¿qué haces?

Él había sacado una pistola. La montaba, con lentitud trágica. Parecía a punto de ponerse a gritar o a llorar, o de desmayarse.

—Moriré matando. Nunca dejaré que me torturen.

Ella intentó tranquilizarlo —para llegar a él, tuvo que apartar de sí su brazo derecho, extendido y rígido, con la pistola a su extremo, como una floración homicida (dedos engarabitados sobre el frío acero) del mismo—, posándole una mano leve sobre la mejilla.

—Tranquilízate —le pidió—. No voy a abrir la puerta. Preguntaré a través de ella. Y diré que estoy acompañada. Ya verás: será un cliente.

Pero él seguía enloquecido.

—¡Me mato! —barbotó—. ¡Te juro que me mato! ¡Te juro que, si abres, me mato!

—¡Chiss! —hizo Esther, con un dedo en los labios, de cara a Miguel, a mitad de camino ya entre éste y la entrada al salón, al oírse un tercer timbrazo—. ¡Chiss! —repitió luego; esta vez, pidiendo contención mediante un ligero balanceo de su diestra, que subía y bajaba como si estuviera haciendo

botar una pelota invisible y muda, desde el sector del *hall* que se comunicaba con la cocina.

Y él abatió su arma, concentrando su atención en el diálogo que se había establecido a través de la puerta cerrada.

—¿Quién es? —preguntó la muchacha. Y después—: ¿Qué amigo? —La contestación debió de ser larga, pues ella tardó en añadir—: Sí, ya. Pero no puedo atenderlo ahora. Estoy acompañada. —Su voz se alzó de inmediato, colérica—: No, vuelva otro día. No sé cuándo vamos a terminar. —Siguió una pausa tensa. Y por último, con precipitación y acento persuasivo—: Sí, sí. No haga más ruido. Espere un momento.

Llegó hasta Miguel, demudada.

—Viene recomendado por un amigo común —dijo—. No se cree que haya alguien conmigo, porque la portera le informó que me había visto subir, hace un rato, sola. —Se sulfuró—. ¡Esa bruja! Seguramente, mi cuerpo te ocultaría al pasar por delante de donde estuviera ella. Le puso una mano en el pecho. ¿Qué hacemos? Jura que esperará ahí fuera hasta que le abra. —Se decidió de pronto—. Ven. Te esconderé. Y procuraré librarme de él en un momento.

Miguel la siguió, olvidado de su pistola, con sigilo.

A través del cristal esmerilado que enmarcaba la mitad superior de la puerta de la cocina, el muchacho, agazapado en el rincón más apartado de ésta, entre la blanca pared de azulejos y la lavadora, vio, mientras apretaba la culata de su arma, cómo se encendía la luz del *hall*, y cómo un cuerpo grande, de contornos difuminados, entenebrece su refugio; y oyó a Esther, que se excusaba, y al hombre, que mascullaba unas palabras, que la reconvenía.

Goteaba un grifo. Y fuera del golpeteo irregular, monocorde, del agua cayendo sobre la loza del fregadero, y del pronto acompasado resuello de Miguel, nada más se oía en el reducido recinto. A no ser que... Sí. Aguzando el oído —en el fondo, sin necesidad de concentrarse mucho: bastaba con dejar de prestar atención a los latidos del propio corazón, con sosegar—, era fácil percibir un rumor de voces, cada vez más elevado y claro, y aun distinguir palabras con

sentido en el seno de la heterogénea masa sonora, como «¡Vamos!» o «ayer» o «muchachas», y, acercándose a la puerta...

Regresó precipitadamente a su rincón, cubierto el cuerpo por un sudor subitáneo, con las sienes latiendo y el corazón paralizado. Pues, sin que él llegara a tocarla, la hoja de la puerta se había abierto, con ruido que el silencio tornaba estruendoso, y otro ruido aún más amenazador —el de unas pisadas de hombre, acompañadas por otras, repiqueteantes, de mujer— creció, a partir de éste, a medida que quienes lo producían se aproximaban.

—¿No te he dicho que el pestillo está estropeado, que se sale del cerradero por sí solo? —Era la voz de Esther, quien se perfilaba, mera sombra afantasmada, sobre el cristal translúcido, cuya visión estorbaba a Miguel el punto de mira de su negra pistola—. Mira —manipuló el picaporte—: resbala.

Y los pasos, la silueta, se esfumaron, al tiempo que las gotas de agua reanudaban su monótona cantinela.

—No podré aguantar mucho —susurró Miguel. (La puerta se había abierto de nuevo, sin que nadie acudiera a cerrarla).

—Dame un vaso de *whisky* —pidió el hombre—. Te lo pagaré aparte, por supuesto. Y toma tú otro, también. No me gusta beber solo.

Tintineo de vasos. ¿Habría tenido ella tiempo y serenidad de ánimo para guardar, antes de que el visitante los viera, los que ellos habían usado?

—Estás muy bien instalada —comentó el intruso. Y Miguel enrojeció al oír el lugar común repetido por labios ajenos—. Me gusta. —Un carraspeo—. Como tú. Le diré a Juan (que es un pobre diablo obsequioso, uno de mis empleados) que tiene demasiado buen gusto para el poco dinero que yo le pago. —Soltó una risotada—. El muy imbécil a lo mejor se cree, con ello, que voy a ascenderlo. ¿Vamos?

—Ya te he dicho —explicó Esther en un tono que la distancia difuminaba— que hoy no puedo. Estoy mala. En pleno período...

—Y yo te repito —como el hombre hablaba muy alto en

aquel momento, daba la sensación de encontrarse a la puerta de la cocina— que eso no es ningún problema. Al revés: a mí me excita oler la sangre de mujer; y verla, sobre mi instrumento; y sentirla, seca, en la puertecilla de ese agujerito...

Se hizo la oscuridad. Total, primero; iluminada leve y lejanamente después: la muchacha habría encendido —tras apagar las del salón— las luces de su dormitorio. Y Miguel, sacando con dificultad un pañuelo del bolsillo de su pantalón —permanecía acucillado junto a la lavadora— se enjugó morosamente el sudor que le chorreaba por la cara.

Saltó el muchacho sobre sí. Pero se recuperó de inmediato. ¡Bah! Ese estruendo era tan sólo el del depósito del retrete al vaciarse. Porque, ¿cómo no haberlo pensado antes?, al otro lado de aquel tabique tenía que encontrarse el cuarto de baño. Se relajó. ¿Y aquella música? Un tocadiscos, quizá. ¿Por qué lo habrían apagado? —Pues la dulzona melodía que, momentos antes, se trasladara perezosamente por el apartamento, hasta el rincón donde se acurrucaba él, había desaparecido—. Y, ¿por qué apagaban ahora la luz? Él, indudablemente, nunca lo habría hecho. ¡Mirar, mirar sin pausa aquel cuerpo vertiginoso, desnudo ya, antes de caer en él, como en un abismo!

Ese hombre prepotente, sin maneras, estará ahora arrebatándole a ella la frágil protección de las livianas bragas, abultadas por la compresa —nieve y púrpura— y por el lúbrico monte hirsuto, de obscena y embriagadora vegetación rizada, y aprovechando la ocasión para, a medida que desliza hacia abajo el doble triángulo húmedo de ligerísima tela crujiente, acariciarle los carnosos muslos, las enjutas pantorrillas, el esplendor total de las largas piernas satinadas, y demorarse en la maravilla voluptuosa de los pies estrechos, de planta rugosa, y talón redondo, y dedos inocentes y curvos, abiertos por la premonición de un éxtasis compartido. ¿O habrá llegado ya, en su indelicadeza, en su torpeza, a hurgar, sin más preparación, con su torpe músculo cabeceante, entre el vello electrizado, en busca del contacto de su glándula, que se hincha y se hincha, con la carne más

femenina y tierna?

Se oyó un gran grito. Y de inmediato, otro, ahogado. Y se encendió una luz. Y se agitó y casi desapareció —como si hubiera caído al suelo la lámpara que la producía— ésta. ¿Era aquello llanto? ¿Era que ella lloraba?

—¡No, por favor! —exclamó la muchacha. Y luego, con voz adelgazada y estridente—: ¡Ayuda!

Todo estaba revuelto en la habitación —Miguel, detenido un instante en el hueco de la puerta, con las manos apoyadas en una y otra jamba de la misma, boqueaba como un pez al que se hubiera sacado bruscamente del agua—, cuyas proporciones parecían alteradas a causa de la antinatural posición de su única fuente de luz: una lámpara derribada, yacente sobre la alfombra. Junto a aquélla, arrancando de ésta, emergía una pierna gruesa —«¡por Dios!», dijo el muchacho, venciendo el estupor que lo dominara, y abalanzándose en su dirección— sobre la que un tronco macizo, sin cintura, de espalda peluda y hombros y nalgas caídos, se expandía, se combaba hacia abajo, prácticamente sin nuca, pero con gruesos y estirados brazos nudosos —«¡quieto, quieto!»—, entre los que se contraía, bajo la sábana arrugada, el cuerpo indefenso de la muchacha, uno de cuyos pies —que había logrado escapar de la trampa formada por la sábana al ser tensada por la otra pierna del hombre, cuya rodilla se hundía en el borde exterior del colchón, y, muy probablemente, por una de sus manos, apoyada más allá del cuerpo convulso— giraba de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, con velocidad inverosímil.

—¡Déjela! —aulló Miguel, tirando hacia sí de uno de los hombros del agresor. Y, apenas éste se hubo enderezado y vuelto, el muchacho cayó al suelo, retorciéndose, con las dos manos en el bajo vientre, y las piernas, muy juntas, replegadas a la altura del pecho, por efecto de la brutal patada recibida en los testículos.

—Y si quieres más —mugió el intruso, alcanzando el rostro arrugado por el dolor con un pie deforme, cuyas uñas crecidas abrieron una herida escarlata en la mejilla juvenil, por la que de inmediato rodaron dos lágrimas que el apretado

párpado bajo el que había florecido el hondo rasguño, dejara resbalar—, ¡toma! ¡Y toma!

Como si el silencio que siguió a estas palabras lo hubiera relajado, aliviando su dolor, Miguel abrió los ojos, y miró al hombre, que, con la vista fija en él, se iba vistiendo, sin apresuramiento alguno: calmo, a pesar de su ira; sin sentimiento de pudor por la fealdad atrozmente masculina de aquellas partes de su cuerpo —las abultadas mamas, el hinchado estómago, los largos matojos de vello negro de las axilas— que aún no se había cubierto.

—¡El chulo de «esto»! —oyó que le decía, al tiempo que, dejando caer sobre su pecho uno de los extremos de la corbata que se estaba anudando alrededor del cuello porcino, señalaba con una mano a Esther, quien, rígida, se había tapado la cabeza con la sábana—. ¡Ah, no! ¡En tiempos del Caudillo no ocurrían estas cosas! —Encorvado sobre sí, con un pie encima de la cama, interrumpió por un momento la tarea de atarse los cordones de uno de sus zapatos—. ¿Te duele? —preguntó—. Yo creí —añadió, soltando una agresiva carcajada— que tú no tenías nada ahí. —Terminaba ahora de arreglarse—. Adiós, muñecas —dijo. E hizo ademán de abandonar la habitación. Pero, antes de marcharse, y contrayendo despreciativamente los labios, no pudo contener el deseo de exteriorizar una vez más su frustración—: Esto no va a quedar así —silabeó—. Volveréis a tener noticias mías.

A pesar de que la puerta del apartamento se había cerrado estrepitosamente, de que no cabía duda de que de nuevo estaban solos, ella no se movió, no dijo nada: seguía completamente cubierta por la sábana.

—¿Te hizo daño? —preguntó Miguel, tras haber trastabillado hasta la cabecera de la cama tironeando la tela hasta conseguir que ella accediera a mostrarle la cara.

Esther movió la cabeza, de un lado a otro de la almohada, negando.

—Pero —prosiguió él—, ¿por qué...? —Su rostro se tensó—. ¿Y la pistola? —Salió corriendo. Para regresar de inmediato, blandiéndola—. ¡Uf! La había dejado sobre la lavadora. Y, otra vez preocupado: ¿De verdad que no te duele

nada?

—¡Oh! —exclamó ella, por toda respuesta, rompiendo su mutismo—. Tú sí que estás herido. ¡Mira! —Y le pasó un dedo por la mejilla—. ¿Me das tu pañuelo? —Mojó éste con saliva, y le limpió la sangre, ya casi coagulada—. ¡Esa asquerosa bestia...! —rezongó.

Miguel, forzando la resistencia de la muchacha, que se obstinaba en seguir eliminando con el pañuelo todo rastro de la pelea, buscó sus labios, mantuvo por un momento el contacto superficial de su boca con ellos, los aplastó, los mordió luego, y buscó, por fin, entre ambos, un paso para su lengua, que encontró otra, súbitamente endurecida, con la que se midió, babeante, en un duelo de excitadas espadas.

—¿Sabes que me gustas mucho? —musitó, separándose para contemplar, con ojos enternecidos, la cara de la muchacha—. Mucho sí —había tirado hacia abajo de la sábana; acariciaba ahora los pechos temblorosos, con las manos, cuyos dedos se encaperuzaron sobre los oscuros pezones primero, con los labios, después, y con la lengua, en inquieta búsqueda de los diminutos orificios por donde la leche fluiría alguna vez...— Y voy a demostrártelo.

Ella lo retuvo, cogiéndolo por las muñecas. No, no. Por favor. Ahora, no. Te lo ruego. —Bajó los párpados—. Es que no estoy preparada, ¿sabes? Espera un poco. Sal y deja que me arregle. Seguiremos luego.

Enrojeció él.

—¿Esto mismo fue lo que hiciste al otro? —preguntó, enronquecido—. ¿Por eso te atacó? ¿Porque lo sacaste de sus casillas y luego te negaste a abrir las piernas?

—No. ¡Déjame que te explique! Espera.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso crees que no tengo dinero para pagarte? —Se puso de pie. Sacó del bolsillo trasero de su pantalón un fajo de billetes, que echó sobre la cama—. Pues ya ves que te equivocas.

Cayeron los billetes al suelo, sobre la alfombra, a un movimiento de ella, que, mediante otro, tan imprevisto como el primero, cubrió con la sábana sus pechos.

—No sabes lo que dices —murmuró.

Él le acercó el rostro al suyo.

—¿Y tú? —masculló—. ¿Sabes de qué hablas? —¡Aquel rostro! ¡Tan bello! ¡Y tan patético! Sé buena conmigo —dijo.

Temblaron los labios de la muchacha, entre el llanto y la sonrisa.

—¿Sí, pues? —balbuceó Miguel.

Pero era que no. ¡No! Y él, al comprenderlo, perdió los estribos: forcejeó con ella hasta hacerle soltar el embozo de la sábana, tiró de la misma hasta dejar el cuerpo al descubierto por completo, miró, vio, dejó que de sus manos se desprendiera la tela —que pendía ahora, flácida, entre ellas, y que Esther se apresuró a recoger, para cubrirse de nuevo—, dio media vuelta y se sentó en una butaquita forrada de raso que había a un lado de la puerta del cuarto de baño: estupefacto, pálido, como ausente, lejos de la cama.

—¿Es que no vas a decir nada? —preguntó ella al fin, como para impedir que el abismo que se iba abriendo entre ambos llegara a hacerse infranqueable.

Él se cubrió la cara con las manos.

—Es repugnante —dijo—. Repugnante. —Esto, para sí. Después, se dirigió a ella—: ¿No te das cuenta? Eres... No sé. Como un fenómeno de feria. —Levantándose, comenzó a recorrer la habitación, de uno a otro lado—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Ella, con la mirada fija en el cielorraso, habló desde un lugar que había mantenido clausurado hasta entonces, con voz nueva.

—Al principio, porque nunca lo hago; después, porque me ibas gustando cada vez más, y me daba miedo y vergüenza.

—Yo también te iba queriendo ya. No deberías haberme hecho esto.

—¡Qué quieres! Nos habíamos metido los dos en un callejón sin salida.

—Tu deber era decirme: «Apártate de mí. Soy un hombre».

—Y perderte, ¿no? Así, por lo menos, quedaba alguna esperanza: la de engañarte, por tu bien y el mío, como he hecho con otros. «Estoy con el período. ¿Por qué no me lo

haces por detrás?», pido. Y muchos aceptan. Además, aunque yo te hubiera explicado lo que me pasa, tú no me hubieras creído. De no ver lo que has visto.

—No me lo recuerdes. Que me dan escalofríos. ¡Ese miembro flácido, esos testículos, en un cuerpo de mujer más bonito que ningún otro de los que yo haya visto! Nunca te perdonaré que me hayas engañado de esta manera. Yo buscaba en ti... Y me encuentro con un hombre.

—¡Yo no soy un hombre! ¡Yo soy una mujer! ¿Te enteras? La naturaleza se equivocó conmigo. Me dio un cuerpo que no me correspondía. Porque, desde que tengo uso de razón, sé que soy una hembra. Así, en cuanto que pude, me hormoné. Para restablecer el orden. Para dar a quienes yo deseaba, lo que ellos tenían derecho a esperar de mí. Sólo me equivoqué (por miedo) en una cosa: en creer que bastaba con lo que los médicos hicieron en mí; que podía seguir así, sin problemas; que no era necesario operarme, quitarme esos colgajos, y hacer que me abrieran con el bisturí un hueco entre las piernas.

Él se aproximó a ella. Le puso las manos sobre los hombros desnudos.

—Me das asco —susurró.

Esther cerró los ojos.

—Vete —pidió—. Pasa la noche en el sofá, y luego, vete. Que cuando mañana me despierte, ya no te vea.

Abrió los ojos Miguel, y los fue paseando, con bruscos movimientos de cabeza, por el techo —¿de dónde?—, por las paredes, y los muebles —«¡ah, sí!», en aquel *puf* estuvo sentada ella—, de la habitación, sumida en muda penumbra, cuyo sofá —se incorporó, apoyándose sobre un codo— había ocupado durante —miró su reloj— tantas horas. Echó los pies, calzados solamente con calcetines, al suelo. Y bostezó. Y se desperezó. —La noche anterior, mientras sorbía su *whisky* sentado en aquel mismo asiento, aún ignoraba que Esther era un hombre, y el lugar parecía distinto: más cálido, más vivo, bañado por una luz que no brotaba únicamente de las lámparas, sino también, ¡qué tontería!, del cuerpo de... ¡Ah! ¿Cuál sería su verdadero nombre? —El repeluzno, que lo recorrió relampagueantemente de los pies a la cabeza, lo sorprendió en el momento mismo en que se levantaba—. ¡Dieciocho horas! ¡Casi dieciocho horas dormido! —Musitó: «Qué barbaridad». Y se contrajo todo él—. ¿Y la pistola? —Allí estaba. Sobre la mesita. Y ahora, en su mano. Que cerró sobre las frías cachas de la culata—. Bien. Con ella no era lógico sentir miedo.

Se acercó a la ventana ¿para qué habría corrido Esther... bueno quien fuera... las cortinas? —Y, abriéndose paso por entre los dos lienzos de tela de saco que la ocultaban —las hojas encristaladas, en cambio, permanecían abiertas—, miró, a través de los listones de la persiana, hacia abajo, hacia la calle, cuyos rumores le llegaran, momentos antes, mezclados con un olor punzante —alguien debía de estar regando unas

plantas en algún lugar muy próximo—, y que, bulliciosa —pasaban automóviles, todos los niños del mundo parecían haberse dado cita en sus aceras—, no suscitaba en aquellos momentos la sombría aprensión que despertara en él cuando la vio por primera vez desde la altura de este piso —¿un cuarto, un quinto?— la noche anterior —¿habrían llevado el cuerpo de Luis al depósito?—, antes de ver frustrada la satisfacción de su deseo más acuciante.

Llevándose una mano a la bragueta, corrió a través del salón, pasó por el dormitorio sin mirarlo, entró en el cuarto de baño y, a oscuras, vació su vejiga sobre el lugar —no se oyó ruido extraño alguno, ni la orina lo salpicó: la tapa estaba, por fortuna, levantada— donde, sin duda, tenía que encontrarse el retrete.

—¡Uf! —exclamó—. Y tras subirse la cremallera, salió a la alcoba.

¡Cuánta paz allí! La cama estaba hecha —había una muñeca enorme sobre la colcha— y encima del tocador —encajonado entre la ventana y la pared, los tarros metálicos y los frascos de perfume, el peine, el cepillo de plata aparecían dispuestos en un orden impecable, semejante al que reinaba —se encontraban descorridas las cortinas, abiertas las hojas, subida la persiana— más allá de la fachada de la casa frontera, en el cielo crepuscular: un panel pintado de azul turquesa, con dos pequeñas nubes algodonosas inmovilizadas en el ángulo superior derecho del marco; de aquel marco sobre el cual él, por intensa que fuera la tentación de hacerlo, no debería de acodarse para, ampliando de esta manera su campo de visión, abocarse a horizontes que, aunque no ilimitados —¿cuáles, en el seno de una gran ciudad, podrían serlo?—, exigieran trazar un semicírculo con la cabeza para ser contemplados en su integridad.

Trastabilló: había tropezado con las zapatillas de ella —relucía el raso, apenas menos blanco que el moño de ligera pluma erizado sobre cada una de las arqueadas palas— o, por mejor decir, de él. Y, después de recuperar el equilibrio momentáneamente perdido, de un súbito puntapié, alejó de sí ambas, arrojándolas debajo de la cama. De donde las sacó de

seguido —tuvo que ponerse, para ello, de rodillas, y tantear un rato en la oscuridad—, tan frágiles y suaves y pretenciosas y tiernamente coquetas, para —las olisqueó como un perro que sigue una presa invisible, sobre cuya naturaleza aún duda — dejarlas luego en el mismo sitio y en la misma posición — una de ellas, con la suela al aire— de antes.

El espaciado repiqueteo de la gota de agua sobre el fregadero que ritmara su angustiada espera de la noche anterior, se dejaba oír en la cocina —¿desde entonces?—. Bueno, arreglaría el grifo antes de marcharse, como minúscula —pero agradecida: eso sí— prueba de reconocimiento por tanto favor recibido, como ridícula —y avergonzada— compensación por tanta inquietud traída, por tanta ofensa —¡ay!— irreparable.

—Yo estaba nervioso —dijo en voz alta—. Ella acabará por perdonarme.

Y encendió la luz. Que se derramó, tras un parpadeo y un chasquido —espectralmente blanca—, por encima del pequeño frigorífico, de la lavadora, de la mesa...

—¡Pobrecilla! —murmuró—. ¿Para qué se habrá metido...? —Renunciando, en homenaje a ella, a recalentar el café (la cocina, de gas, era de fácil manejo) y al pan tostado que, junto con los correspondientes cubiertos, la mantequilla y la servilleta almidonada, habían sido dispuestos para él, sobre la bandeja, muchas horas atrás.

Puso en funcionamiento el televisor y se sentó en el sofá, frente a él, con el tardío desayuno delante. La carta de ajuste, en la pantalla, se complementaba con la música ramplona de una zarzuela cualquiera. Sorbió ávidamente del vaso. Masticó con ruido un bocado de pan cubierto de mantequilla. Luego, dejando de comer, abrió mucho los ojos: un locutor leía lo que dijo ser un comunicado de la jefatura superior de policía.

El juego de los adjetivos, la presentación alterada de los hechos, la animosidad general y despreciativa de la nota, tornaban irreconocible su aventura de la tarde anterior. ¿Resistencia, disparos? No hubo de la primera, no existieron los segundos. Y en cuanto a la descripción que se daba de Luis —había muerto— y de su acompañante —¡que era él!—,

consolaba pensar que —por la hostilidad con que fueron pronunciados el nombre y los apellidos, en un caso, y por la imprecisión de las señas de identidad con que se acompañaba la petición de que se denunciara su presencia si alguien la advertía, en el otro—, los padres de Luis dudarían de que aquél de que se hablaba fuera su hijo —la certeza horrible no iba a surgir, así, de improviso—, y los suyos no relacionarían —¡ni por sombra!— al ser de contornos difuminados y voluntad criminal a que se refiriera el locutor con el joven —supuestamente, un estudiante más, en la lejana capital— cuyo futuro tanto les preocupaba.

Apagó el televisor. Distendido. Sin nerviosismo. Pero no continuó comiendo. En lugar de ello, se aproximó a la ventana —pronto anochecería— y permaneció un rato, vigilante, mirando la calle —estaba casi vacía, sin circulación apenas— con ojos azogados.

Perplejo, reconcentrado en sí, llevó la bandeja a la cocina. Andando como a la deriva, se dirigió al cuarto de baño. Y en seguida, ya desnudo, el agua de la ducha comenzó a golpear su cuerpo. Se afeitó después —no pudo contener una sonrisa al descubrir, en el armario laqueado que pendía de la pared, y junto con objetos de uso inequívocamente femenino, brocha, crema y maquinilla—, y, una vez que hubo limpiado y guardado los útiles de que se sirviera, lanzó sobre su rostro, reflejado en el gran espejo que comenzaba a ascender a pocos centímetros del lavabo, una mirada perpleja.

Se sobresaltó al oír a la muchacha bisbisear tras de él.

—¿Qué haces? —preguntaba Esther—. ¿Todavía no te marchaste?

Eludió Miguel la obvia respuesta.

—Y ahora —prosiguió ella—, ¿qué haremos? —Y como fuera claro que el muchacho, que la observaba receloso, no entendía de qué le hablaba, añadió—: Es que me acompaña un amigo. Un chico al que conocí hace un rato y que subirá en seguida. Se ha empeñado en comprar no sé qué bebidas.

—¿Te parece que me esconda, como ayer, en la cocina?

La voz de ella sonó irritada, tensa, al contestar.

—No puede ser —dijo—. Él querrá meter la botella a

refrescar, en el frigorífico, pues sostiene que sabe descubrir en qué lugar preciso hay que dejarla para conseguir que adquiriera la temperatura justa.

—¿Aquí, entonces?

—Claro —ironizó—. Y cuando acabe de hacer lo que quiera, irá a lavarse al fregadero, ¿no? —Sonó el timbre de la puerta—. ¡Ya está aquí! ¡Corre! ¡Métete en el armario!

Empotrado en la pared, a un metro escaso de los pies de la cama, el armario tenía cuatro anchas hojas. Ella, abriendo las dos más alejadas del muro en que se abría la ventana, hizo entrar a Miguel —«En el otro cuerpo hay una cajonera», explicó—, quien, a duras penas, consiguió abrirse un hueco entre los vestidos allí colgados —se dio un golpe en la cabeza con la barra de la que pendían sus perchas— antes de que la oscuridad lo envolviera. La oscuridad y, en seguida, un olor penetrante —a cuero, a sedas, a perfumes— que le hizo rezongar: «Si permanezco aquí mucho rato...». Y, ya fuera para respirar mejor —el aire escaseaba allí dentro— o por pura curiosidad o recelo, empujó la puerta que dejaba a su izquierda, hasta que el pestillo de resbalón cedió, y él pudo mirar por el intersticio entre las dos hojas.

Estaba encendida la luz del salón y se oían voces en la cocina: una charla espaciada, quizá tímida, en la que resaltaba el timbre agudo de la voz de Esther —quien, por otra parte, era la que parecía llevar todo el peso de la conversación—. ¿Acabaría alguna vez tan vano parloteo? Pues era evidente que el visitante, tal vez para postergar en lo posible el violento trance de pasar sin preparativos del desconocimiento a la intimidad total —«Será joven, e inexperto»—, se demoraba en exceso y hacía perder tiempo a la muchacha —sin pensar que, muy probablemente, ella necesitaría de otro hombre, en cuya busca tendría que salir, para redondear sus ingresos cotidianos—, atrincherado en su ignorancia de los usos de la vida venérea y en el pudor. Y mientras, él, agazapado en el interior del armario, se ahogaba, falto de aire, y se iba anquilosando, por lo forzado de la postura que se viera obligado a adoptar, y por la inmovilidad a que lo condenaba la necesidad de no hacer

ruido, para pasar inadvertido; musitó: «¡Ese imbécil!». Y, desafiante, desdeñoso, abrió un poco más la puerta tras la que se agazapaba, haciendo crujir las telas que lo envolvían, sorbiendo con la nariz —a fin de eliminar el polvillo que se había depositado en las fosas de ésta—, dejando que sus articulaciones restellaran, antes de perder todo sentido del tiempo a causa de la conjunción de la inmovilidad aletargadora con que se alargaba hasta los pies de la cama el rectángulo luminoso delimitado por el marco de la puerta —y que iba perdiendo intensidad a medida que se alejaba de ésta y se hundía en la penumbra de la alcoba— y del silencio que, desde un momento imposible de determinar, se había hecho en la cocina, y que reflúa ahora en oleadas hacia su escondite.

—¡Oh! —exclamó, y cerró sobresaltadamente la hoja que lo protegía, al invadir el apartamento el estruendo producido por un recipiente de cristal al estrellarse contra el suelo de la cocina.

Cuando se aventuró de nuevo a romper su clausura total, la pareja ya estaba en el salón. ¿Qué estarían haciendo, tan sin ruido? ¿Qué se estarían diciendo, con tan irritantes bisbiseos? Pues ahora hablaban, aunque tan bajo, que, a pesar de la corta distancia existente entre el armario empotrado del dormitorio y el sofá de la otra habitación, había que aguzar mucho el oído para percibir el entrecruzado murmullo... Se oyó abrirse una de las puertecitas del mueble-biblioteca.

—¡Esta tía es capaz de haber sacado la foto de Suárez, para tranquilizar al muchacho! —murmuró Miguel. Y apenas lo hubo hecho, lo cómico de su ocurrencia se le tornó tan patente, que tuvo que taparse la boca con una mano para contener su hilaridad.

Un estallido de luz cortó en seco las contracciones que le agitaban el estómago. ¡Esther y su compañero acababan de entrar en el dormitorio! ¡Sólo la inmovilidad más absoluta, la suspensión completa de las funciones de todos y cada uno de sus órganos podrían impedir que fuera descubierto! Empuñó la pistola. ¡Que abra las hojas, si se atreve! El visitante, tras

éstas, se contentó con carraspear.

—¿Qué esperas? —dijo la muchacha—. ¿Por qué no te desnudas? —Y luego—: Si quieres, pasa al cuarto de baño. Está ahí. Pero no tardes. —Cayó fragorosamente el agua de la cisterna sobre la taza del retrete—. Te espero —añadió.

Ella pasó por delante de la rendija que formaban las dos hojas apenas entreabiertas del cuerpo del armario donde Miguel se escondía. Abrió y cerró el cajoncito de la mesilla de noche más próxima a la pared de la ventana. Después, las otras dos hojas del armario —Miguel se contrajo, con la cara chorreante de sudor—. Y por último volvió a cruzar el reducido campo de visión del joven acosado, más baja —debía de ir descalza—, cubierta únicamente por una combinación bajo la que se adivinaban —latían tras la seda translúcida los senos desnudos— unas bragas negras.

—¿Ya estás?

Rechinó el somier.

Una masa sombría se interpuso entre Miguel, que aún seguía aferrado a su pistola, y la muchacha, previsiblemente extendida sobre la cama: ¡el otro acababa de colocarse a escasos centímetros de su escondrijo, de espaldas a él!

Y ahora decía:

—¡Quítatelo todo! ¡Por favor! ¡Todo! ¡Ya!

Siguieron unos instantes tensos, extrañamente rumorosos. ¿Osaría ella —¡él!— desnudarse por completo?

No.

Ya que el muchacho —con voz quejosa, desesperanzada— repitió:

—¡Todo, todo!

Y al desplazarse hacia delante y hacia la derecha, se vio, desde el interior umbrío del armario, el cuerpo de la muchacha —¡sus pechos, de hembra adolescente!— al descubierto, aunque no del todo: las negras bragas, abultadas —pero no sólo, ¡ay!— por una compresión, acentuaban la blancura de los muslos largos y enjutos, del vientre apenas carnoso.

Ella protestó, en voz muy baja:

—No puedo —dijo—. Estoy con el período.

El cuerpo del muchacho, ahora más distante —su contorno era ya visible—, se interpuso de nuevo entre Miguel y la muchacha —de la que únicamente las pantorrillas y los pies, de plantas tersas, quedaban al descubierto.

—¿Debo marcharme, entonces? —preguntó.

—No. Acércate. Hay otros medios...

Él se sentó en el borde de la cama, a la altura de la pelvis de ella —con lo que otra vez los muslos vertiginosos, apretados uno contra otro, de la muchacha emergieron a la luz turbia que filtraban las pantallas de las lámparas— y extendió un brazo, una mano —a cuya acción, ¿sobre un pecho, sobre un menudo pezón?, las piernas admirables se abrieron y se plegaron—, al tiempo que rezongaba:

—Será mejor que me vaya.

Pero —«Así, así», gemía ella, contrayendo los dedos de los pies, cogiendo y arrugando con ellos la tela de la colcha— sin bajar el brazo, sin que su mano abandonara su presa.

Cerró los ojos Miguel cuando las dos cabezas se unieron —nunca acababa aquel beso—, y, al abrirlos —«Échate a mi lado», había dicho la muchacha—, la turbadora complicidad de los dos cuerpos desnudos, extendidos flanco contra flanco, con las manos entrelazadas y las caras orientadas hacia el techo, lo movió a bajar los párpados de nuevo. En absoluta oscuridad, pues, oyó cómo el diálogo entre la pareja se reanudaba —«No tienes que hacer nada», decía ella. «Tranquilízate. ¿No te basta con estar conmigo así, sabiendo que soy tuya?»—, y cómo —«Te quiero, te quiero», masculló el muchacho— los cuerpos, atraídos magnéticamente a causa de la extrema proximidad —roce de carne contra carne, jadeos, suspiros—, cedían a la atracción del contacto y se buscaban ciegamente, rebullendo, agitándose, ante la expectativa de una imposible fusión.

Se dilataron las pupilas de Miguel, y a través de sus pestañas, que aleteaban desesperadamente, observó la torpeza con que la diestra del hombre apretaba el desbordante seno de la mujer —¿era posible que un ser tan delicado, tan naturalmente grácil, tan exquisitamente abandonado no bien la vecindad del macho se dejaba sentir,

tan frágil y desmayado y exclusiva y tiernamente carnal fuera un varón?—, y el tacto con que ella cerraba su mano suave sobre el miembro —cuya cabeza brotó como una flor sangrienta entre los dedos apretados, un instante después— de él, y la violencia con que la pierna del muchacho cayó, doblada, sobre el pubis cubierto por el triángulo de seda, y la avidez con que los dos dorsos, y los dos sexos, y las dos bocas, y los cuatro pies se unieron, con ruido de ventosas, y el bajar y subir de las nalgas, y la mano temblando sobre la espalda, y los dedos de la otra apretados alrededor del cuello tenso...

Se apagó la luz de las lámparas de las mesillas de noche, y —aunque seguía entrando en el dormitorio la procedente del salón— la cama quedó en sombras. Alguien respiraba entrecortadamente.

—Empuja ahora —exclamó Esther—. Húndete en mí. ¡Hazme tuya!

—No. No puedo. —Vibraron los flejes del somier, al abandonar él la cama—. Por ahí, no puedo. No debo. —Su cuerpo, iluminado a medias por el resplandor calmo que llegaba de la sala vecina, se estremecía—. Un hombre nunca debe penetrar por donde tú quieres.

Ella encendió de nuevo las lámparas. Y, a su vez, se levantó.

—Estoy muy excitada —susurró, aproximando su cuerpo al del muchacho—. No me dejes ahora. —Y su mano pellizcó una de las tetillas de su compañero, cuyo pene, que había quedado flácido, se irguió como si hubiera sufrido una descarga eléctrica—. Ya verás —sin dejar de acariciarle el pecho, le pasaba ahora unos dedos leves por la mejilla derecha, por los labios— cuánto te va a gustar lo que voy a hacerte. ¿Me dejas? —Y sin esperar respuesta, se arrodilló ante él, le cogió el miembro por su raíz, con una mano, y se lo desnudó con la otra, aspiró su olor después y, abalanzándose hacia el glande a punto de estallar, comenzó a pasar su lengua, endurecida y aguzada —el muchacho apretaba los párpados y los dientes cada vez que ella, en su arrebató, se olvidaba de la sensibilidad extrema de la

almohadillada carne ardiente—, por la hinchada vena, por el orificio boqueante, por el frenillo tenso —allí, hurgó y hurgó —, entre los quejidos de él, y los temblores de él —cuyas piernas flaqueaban—, sorbiendo ahora, con los dientes apretados sobre el cuerpo del pene, engarabitado, al tiempo que su diestra —él dio un grito: «¡Ya, ya!»— subía por uno de los muslos del muchacho, recorría ávidamente la nalga musculada, tanteaba en busca de un hueco por donde introducir su dedo anular y lo metía y lo hundía en el interior cálido del hombre, que, doblando bruscamente las rodillas y tirándole de los cabellos, se abandonó al éxtasis —«¡ay!»— que le hacía hundir la cabeza entre los hombros.

Aunque la cabeza de Miguel chocó dos, tres veces con una de las hojas que lo ocultaban, la pareja no lo advirtió: ella había salido del dormitorio —se oía correr agua en el lavabo —, y su compañero, con los ojos cerrados, yacía, de través, sobre la cama.

—¿Quieres que abra la botella y corte y prepare todo lo que trajiste, o prefieres esperar? —preguntó Esther desde el cuarto de baño.

—No. Tengo que irme ahora —el muchacho había sacado una billetera del bolsillo interior de su americana—. Tómalo tú sola.

Ella se acercó a él, que, con los pantalones ya puestos, procedía a calzarse los calcetines.

—Sientes vergüenza ahora, ¿verdad?

Él no contestó: metiendo los pies en los zapatos, se abotonó la camisa, se hizo el nudo de la corbata, se echó sobre los hombros la chaqueta.

—Ahí te he dejado... —señalaba en dirección a la única mesilla de noche que Miguel podía ver, en la que había una cajita bajo la que depositara unos billetes doblados—. ¿Es suficiente?

Ella, cogiéndolos, sin mirarlo, asintió.

Y él —«Adiós», dijo en un susurro— salió del apartamento, cuya puerta cerró cautelosamente.

Un ruido leve en el interior de uno de los cuerpos del armario empotrado sacó a Esther del estado de melancólico

estupor que le produjeran la partida del muchacho y el silencio que siguió. Se llevó una mano al pecho, se cubrió el cuerpo con una bata, abrió de par en par las dos hojas de la puerta tras la que se escondía Miguel.

—¿Qué esperas? —le preguntó secamente—. ¿Por qué no has salido aún de ahí? ¿Es que te gusta el sitio? Vamos: que me arrugas los vestidos.

Él, apoyado desmayadamente sobre el fondo del armario, abrió los ojos, la miró sin expresión alguna, y, tras tragar saliva y pasarse la lengua por los labios, se limitó a decir, como respuesta a todas las cuestiones planteadas:

—¿No piensas lavarte la boca?

Enrojeció Esther.

—¡Imbécil! —dijo. Pero no tardó en oírsele gargarizar en el cuarto de baño.

Salió de éste transfigurada: modosa, con la bata cerrada y una expresión tranquila en el semblante.

—Y ahora —sonrió a Miguel, que se secaba el sudor de la frente y de la nuca con su pañuelo—, a cenar. A ver qué trajo ése.

—¿También compró comida?

Sí. A la titilante luz glacial del tubo fluorescente de la cocina, comprobaron que el muchacho, a más de una botella de vino oscuro, se había procurado media docena de agujas de ternera, dos latas de grandes caracoles franceses y un pastel apelmazado y triste —indudablemente, para Esther.

—Pobre chico —dijo Miguel, intentando atrapar con la lengua un trozo de hojaldre que se le había salido de la boca—. ¿No te da un poco de pena de él?

Ella —sentada al otro lado de la pequeña mesita, junto al frigorífico— se enervó.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. Pienso que puso mucha ilusión al comprar estas cosas, y que en su lugar, me las como yo. —Ella bebió melindrosamente una buchada de vino—. También pienso que lo has... —pareció dudar— estafado —agregó al fin, afirmándose.

Ella seguía masticando, masticando. Con los ojos bajos.

Con sus pechos pequeños y duros subiendo y bajando acompasadamente, al ritmo de su sosegada respiración.

—¿Te parece fuerte, excesivo, lo que digo? —preguntó él, que se había levantado y la observaba, recostado en una jamba de la puerta, a la distancia.

Esther se limpió los labios con una servilleta. Apuró el vino de su vaso. Se pasó una mano por las sienes.

—Te dije anoche —miraba a su interlocutor a los ojos; mantenía aún su dominio de sí— que no quería volver a verte. ¿Lo olvidaste? Si tú fueras tan hombre como crees, ya te habrías ido. ¡Espera! No, ahora no te vayas. ¿Para qué, ya? Además, podrían cogerte. Vi muchos policías por los alrededores, al venir hacia aquí. Quédate, pues, hasta mañana, y dime de una vez y de golpe todo lo que tienes contra mí. Y por qué, dándote yo tanto asco, no te despegas de mis faldas.

—¡Oye, a ver si te crees que yo soy de éstos...!

—De éstos, ¿qué? ¿Eh? Anda, dime. —Su voz había perdido el tono neutro que la caracterizara hasta entonces: era áspera ahora, masculina casi—. ¿Homosexuales? —Rió forzadamente—. ¡Vaya con el macho! —se burló—. Pues, ¿sabes lo que te digo? Que en todos los meses que llevo viviendo de esto, sólo me he acostado con hombres muy hombres. ¿Te enteras? ¡Muy hombres!

—Porque los engañas. Porque les haces creer que eres lo que no eres. —Aspiró profundamente—. A eso lo llamo yo estafar.

—Yo les doy lo que buscan: placer. No hay estafa en ello.

—Pero si se enteraran de quién eres, realmente...

—¡Ah! ¿Tú crees que no lo saben? Pues te engañas. Muchos vienen a plena conciencia. Y no por eso dejan de ser hombres. Los excita la mujer que hay en mí. Las delicadezas que yo tengo, y que no tienen las profesionales con chulo y menstruó. ¡Si tú sintieras todo lo que he sentido yo bajo ellos! Algunos braman cuando me rozan los pechos.

—Y a ese muchacho que se fue hace un rato. ¿Le diste lo que él quería? ¡Por favor! ¿No lo advertiste? Se marchó avergonzado.

—Ese muchacho que te da tanta pena, gozó durante unos momentos mucho más de lo que tú, con tanta palabrería, has gozado en toda tu vida. ¡Si hubieras visto cómo se le hinchó y se le endureció al entrar en mi boca, cómo le latía bajo mi lengua, cómo estaba de ardiente y de espeso el líquido con que afirmó su virilidad ante la hembra, yo, que se le sometía! Si se marchó tan de repente fue porque aquello resultó demasiado para él. Le faltaba experiencia.

Hecha de luz y de sombras —dos habitaciones iluminadas: el dormitorio, la cocina; una en tinieblas: el cuarto de baño, cerrado; otra en penumbra: el salón—, de silencios y de ruidos amortiguados —ambos callaban ahora, por lo que se entreoía el rumor, remoto y asordinado, callejero—, de expectativas afantasmadas y de súbitas iluminaciones de un pasado común no por breve menos imperiosamente coartador, la atmósfera espiritual y física del apartamento en aquella hora desnordeada e hispida tornaba cómplice a la pareja. A pesar de la voluntad en contra —¿realmente en contra?— de ambos. De donde el mutismo hostil de Miguel durante los minutos —¿minutos?— que siguieron a aquél en que dejó de hablar Esther —¿Esther?—, y el progresivo endurecimiento de la mirada de ésta: cavilosa, introvertida y fatal. Que dijo, restituyendo, así, al tiempo su clausura, y con ella, su monótono fluir:

—Lo raro es que un hombre como tú, que no vacila en matar, tenga tales escrúpulos.

Saltó él.

—¿Matar, yo? Hablas como si fueras de la policía. Para justificarte. Porque yo no he matado nunca. Ni pienso hacerlo. Ellos me llaman terrorista para impedir la circulación pública de mis ideas, de las ideas que comparto con mis compañeros, y que se resumen muy brevemente: hay que combatir el abuso y la mentira, hay que defender por encima de todo la libertad.

—¿Y yo no tengo nada que ver con esa libertad? Esa libertad, ¿es únicamente para ti, y para los que son como tú?

—¡Qué tontería, qué tontería! La libertad es indivisible. ¿No lo comprendes? A mí me parece muy bien que cada cual

se satisfaga sexualmente como quiera y pueda, pero no que asiente esa satisfacción en el fraude, en la mentira. Por eso, y sólo por eso, te doy la lata con el tema. ¿Que tú tienes ganas de acostarte con un hombre? Pues muy bien. Adelante. Pero que para hacerlo tengas que convencerte antes de que eres una mujer, y aun hacerte crecer los pechos y disfrazarte, me parece muy mal. Pues de esa forma estás reconociendo que la moral de los putrefactos es justa, y que un hombre no debe de acostarse con un hombre (o una mujer con una mujer, claro).

—¿Y por qué no me reconoces el derecho a decidir cuál es mi verdadero sexo?

—Yo no soy nadie para reconocer nada. Por mí, puedes hacer lo que quieras. Si insisto en todo esto es porque te estoy agradecido y quiero que seas verdaderamente libre, que seas lo que verdaderamente eres. Y porque me dolió que me engañaras con tu disfraz, con tus maneras fingidas. Me gustaste mucho, y cuando empezaba a enamorarme de ti, me echaste por encima un jarro de agua fría. Eso, me cuesta perdonártelo.

—¿Y por qué no te olvidas de lo que viste sin deberlo ver? ¿Por qué no te olvidas de que aún conservo lo que nos separa? Yo estoy dispuesto a hacerme operar, a convertirme en una mujer completa.

—Nunca podré olvidar lo que te cuelga entre las piernas. Perdóname, pero es así: que tengas eso, y además, esos pechos tan bonitos, y esa dulzura y esa delicadeza, me revuelve por dentro, me inquieta, me repugna.

—Y si yo fuera un hombre como todos, ¿me querías, aceptarías hacer el amor conmigo?

—No lo sé. No lo sé. Seguramente, esa idea no me habría pasado por la cabeza. No me habría fijado en ti, aunque hubiéramos llegado a conocernos, en ese sentido.

—¿Lo ves?

—Pero, bueno, ¿y eso qué prueba? Por supuesto que la sociedad en que vivimos está montada de forma que las relaciones homosexuales no florezcan con facilidad en ella. Sin embargo, pienso que un hombre sin prejuicios sexuales,

como yo, podría, dada la ocasión y llegado el momento, vencer sus resistencias adquiridas y dar satisfacción a un hombre, a un compañero fraterno, si éste lo necesitaba. ¿O acaso crees que uno sólo se acuesta con las mujeres que le apetecen desde el primer momento? Yo, por solidaridad, nunca he podido negarme a acostarme con una mujer que me lo pidiera: aunque no me gustara, aunque me repugnara su contacto por las causas que fueran. Al final, en casi todos los casos, la pura fraternidad vence todos los obstáculos, y la carne acaba por enardecerse, y los mecanismos del sexo, por desencadenarse.

—Sí, sí. Todo eso debe de ser cierto. Pero no se aplica a mi caso, ¿verdad? Yo, por lo que se ve, te produzco una repugnancia invencible...

—¿Y qué quieres que haga? Lo tuyo es antinatural. Me pareces un fenómeno de feria, un monstruo...

—Si yo fuera un hombre, te habría dado ya una hostia, por decirme eso.

—Y si fueras una mujer, ya estarías llorando.

—Un monstruo, entonces. ¿No?

Él, echándose a un lado, la dejó salir.

Cuando Miguel, después de que hubiera transcurrido un rato desde que oyó que Esther había subido la persiana de la ventana de su dormitorio, apagó la luz de la cocina, la oscuridad se hizo por completo en el apartamento. Avanzó por ella a tientas, tropezando una y otra vez —pero sin derribar, afortunadamente, ningún objeto, ni hacer demasiado ruido—, hasta alcanzar el sofá del salón, sobre el que se dejó caer, con un suspiro. «Otra noche», musitó, quitándose los zapatos y los calcetines. Arrellenado de nuevo en su asiento, estiró las piernas y arqueó los dedos de los pies; contrajo el estómago e hinchó el pecho; se desperezó. Nada se oía, fuera del chasquido intermitente de la madera de algún mueble, en la habitación donde se encontraba, ni en la vecina. ¿Estaría ya dormida la muchacha? ¡La muchacha! «Es un hombre», dijo en voz muy baja Miguel. Pero el orden y la limpieza extrema que reinaban allí, el sutil perfume que impregnaba el ambiente, desmentían estas palabras.

Prácticamente total en el salón, la oscuridad se diluía en el mate resplandor apagado que ascendía hasta el dormitorio, entrando por la ventana, desde la calle nocturna. Esta calma luminosidad lechosa establecía un equilibrio inestable con la tiniebla de la otra estancia, que el más pequeño cambio ambiental —de manera evidente— podía romper. Como, por ejemplo, aquel sonido sibilante... «Ya duerme», dijo el muchacho, poniéndose en pie. Y comenzó a desnudarse. Luego, una vez que hubo desperdigado las prendas que lo cubrían por las butacas de la sala, en un movimiento que encadenaba con los precedentes, y que parecía tener la misma causa —el sonido pausado de la respiración de Esther —, se dirigió a la habitación vecina.

Persistían aún en la alcoba los fantasmas de aquellos que, menos de una hora antes, se sometieran a los ritos equívocos del sexo: el muchacho desconocido, con su desnudo friolento o vergonzoso, y la mano sobre un pecho que se hincha e inflama y endurece por el floral botón sensible y ya sombrío, y los ijares convulsos mientras el vientre se encrespa y los testículos se contraen y la vida se va; el propio Miguel, blanco y escarlata, desfalleciente, con los pulmones sin aire, y ojos como mariposas bajo el signo de la locura; y Esther, de perfil esquivo y nalgas temblorosas, de áridos pechos, en la cama, y melena flotante, en el centro de la habitación, sintiendo crecer entre sus labios la carne ajena y la turbación en la propia.

¡Esther!

Allí tendida, ahora; apenas cubierta por la sábana, ella ondulaba, bajo la pátina lunar, contenida y secreta, música que se adormece en el corazón de la noche de su propio misterio. Echada de costado, con la cara vuelta hacia la ventana, la línea de su hombro izquierdo, bajo la llamarada sombría de los cabellos, se perfilaba con pureza; y también la de su brazo, sinuoso bajo la sábana, y la de su cadera, tímidamente en curva, que se extendía hasta fundirse con la del muslo enjuto y de la pantorrilla rotunda, para florecer en un pie, escapado del cobijo de las sábanas, cuya planta desnuda se abandonaba a la plenitud gozosa de los curvos

dedos, de pulpejos tiernamente agrupados.

Cubierto solamente por su *slip*, con las piernas sin firmeza, Miguel apartó del cuerpo yacente los ojos, y los dirigió hacia sí, hacia su vientre: entre éste y la breve prenda que cubría la parte inferior del mismo, había surgido la enervada cabeza de su virilidad. Echó para atrás la cabeza, bajó los párpados y aspiró con fuerza aire por la nariz. Susurró: «Buenas noches». Y entró en el cuarto de baño.

Orinó, Arrebatada y rabiosamente. Tanteando con el ciego chorro inacabable hasta encontrar el punto más resonante de la taza del retrete, y manteniéndolo luego allí, con estruendo y espuma. Y cuando hubo satisfecho su necesidad, su miembro volvió a su anterior estado de erección, pugnando entre los dedos de su mano diestra para apartarse de la descomunal boca de loza, y encorvarse aún más y alzarse, de manera soberbia. Y como aquel músculo ya no podía seguir creciendo, también los diminutos pezones del muchacho se pusieron enhiestos. Y, por un inevitable proceso alquímico, su sangre se tornó llama, y sus mejillas se adornaron con los rosetones del fuego. «Dios», bisbiseó. Y, reclinándose sobre el lavabo, uno de cuyos grifos abrió, comenzó a echarse agua en el rostro.

—Pareces un loco —dijo a su imagen en el espejo.

Bajo éste, en la repisa de cristal que corría a todo lo largo del lavabo, se alineaban frascos y otros recipientes de formas caprichosas y delicados colores. Tomó uno el muchacho entre sus manos y desenroscó su tapa: estaba casi lleno de una crema blanca como la leche, untuosa y fresca, de aroma inquietante. No lo dudó: sacándose el miembro, ahora flácido, arrastró hacia atrás el prepucio y se embadurnó el glande con aquella sustancia turbadoramente femenina ¡Ay! No tuvo tiempo de comprobar el efecto de aquel acto. Pues, habiéndose echado hacia atrás, uno de sus pies tropezó con algo que le hizo perder el equilibrio y dar con sus huesos en el suelo.

Era una zapatilla. Una de las zapatillas de raso, con alto tacón y plumas, de Esther. Que, sin preocuparse del ruido que había hecho en su caída, el muchacho recogió del suelo, y

limpió con dedos alados. Que, sosteniéndola por los bordes de la suela —casi sin rozarla—, levantó hasta ponerla a la altura de sus ojos. Blanca, exquisita y ajena. Impropia para un pie de varón. Con olor —muy leve— a polvos de talco, y —aún más imperceptible— a sudor. Con la plantilla, de un tejido esponjoso, ligeramente desgastada en aquellas zonas sobre las que el pie acostumbraba a hundirse con más firmeza: la del talón, la del arco formado por las yemas de los dedos. Zonas en las que la mano de Miguel se demoró, ensoñadora.

Sentado en el suelo, con la espalda apoyada sobre el tabique alicatado y las piernas extendidas paralelamente a la bañera —que aparecía encajonada entre tres de las paredes de la habitación, a la derecha de la puerta—, el muchacho intentó calzarse la zapatilla, pero no lo consiguió, porque ésta correspondía al otro pie. Se levantó entonces, y, dejando el calzado sobre el piso, probó con el derecho, logrando ahora su propósito: aunque la pala sólo dio paso a los dedos, él pudo por un instante —crujió el tacón bajo su peso— mantenerse sobre la zapatilla, que, al abrirse al pie, a medias introducido en ella, a causa del esfuerzo, hizo resaltar, por contraste, la evidente masculinidad del mismo —ancho y fuerte, sin almohadillamientos de grasa al término del empeine, todo músculos y tendones—, y que, proyectada seguidamente, con violencia, hacia adelante —con un movimiento reflejo, Miguel la había apartado de sí— fue a caer bajo el taburete aledaño al lavabo, junto a un arrugado trozo de tela, negro como una araña sobre las blancas baldosas.

Desplegó él su hallazgo, cuya forma observó con atención: unas bragas sutiles, mínimas, reforzadas en su parte inferior por un rectángulo de tejido de rizo, cargadas de electricidad estática. ¿Conservarían el olor de Esther? Hundiendo la cara en ellas, aspiró su aroma durante un largo rato: con todo el cuerpo rígido, abierto de piernas, alborotado el cabello. Y si acertó a separarlas de su enrojecido semblante fue sólo por breve tiempo: el que necesitó para liberarse de su *slip* y quedar completamente desnudo, con el desmesurado pene

oscilando blandamente en el aire. Emitió un extraño sonido cuando la tela entró de nuevo en contacto con su nariz, con su boca, con sus ojos, y su mano derecha se deslizó hacia abajo e hizo presa en el miembro —que respingó, nervioso, al contacto—, cuya piel suave comenzó a mover longitudinalmente —desembarazado por fin el glande de su tierna caperuza, los dedos fuertemente cerrados sobre el tallo nervudo chocaban de continuo con la gruesa serpiente violácea enroscada alrededor del cuerpo esponjoso, de casi ilimitada capacidad elástica, a cuyo extremo se abría y abría el conducto seminal—; en el miembro agigantado que, de pronto, fue presa de convulsiones semejantes a las que sufre un pez, resbaladizo y agónico, al ser arrojado a tierra por la mano brutal del pescador, antes de sufrir la muerte por asfixia.

—Despierta —dijo Esther, haciendo revolotear a la luz matinal los encajes de su salto de cama—. Son ya las diez. El desayuno se enfría.

Engarabitado, friolento, con la cara hundida entre el respaldo y uno de los brazos del sofá, Miguel no dio señal de haberla oído.

—Gandul —añadió ella, con voz teñida de imprevista dulzura—. ¿Qué esperas?

Y él, entonces, como arrancado del sueño por la ternura de las palabras entreoídas, se dio vuelta lentamente, sin abrir aún los ojos, y, alargando con morosidad y exceso brazos y piernas, abriendo en abanico los dedos de manos y pies, se desperezó voluptuosamente.

—Hola —murmuró, alzando apenas los párpados; deslumbrado, quizá, por la luz que irradiaba desde la ventana, de hojas abiertas de par en par y con la persiana subida—. Buenos días.

—¿No tienes hambre?

Ascendía de la mesa, cubierta por un pequeño mantel de lino, el aroma humeante del café, el olor discreto del pan recién tostado.

—¡Oh, chica! —dijo (y Esther sonrió)—. ¿Por qué te has molestado...?

Se había interrumpido al advertir que estaba prácticamente desnudo, que había pasado la noche protegido únicamente por el *slip* —se llevó la mano a éste, subiéndolo para cubrir el vello de su bajo vientre—, que ella abarcaba

todo su cuerpo con una mirada llena de luces. Y de un brinco, se incorporó y, doblado sobre sí, echó mano de su pantalón —un guñapo sobre el respaldo de la butaca más próxima—, que se puso, con torpes y nerviosos tirones, sin levantarse de su asiento.

—¡Qué desayuno! —exclamó—. Hacía meses que no veía algo así.

Ella, sentada en el *puf*, movió la mano y el brazo derechos hasta conseguir que los volantes de su salto de cama resbalaran hacia su grácil codo; se echó hacia las sienes unos rizos que le estorbaban la visión; y sus labios, ya pintados, se distendieron de nuevo en una sonrisa.

—¿Te gusta? —preguntó con coquetería, al tiempo que movía la cabeza de forma que el muchacho pudiera admirar (se inmovilizó un instante en esta actitud) el delicado y clásico perfil de su rostro.

Pero él ya comía: habiendo untado de mantequilla una tostada, sobre la que extendió una gruesa capa de mermelada inglesa de naranja, masticaba ahora con pueril concentración un gran trozo de la misma, con los ojos gachos, fijos en el tazón lleno a rebosar de café con leche, y en la hermosa cucharilla de plata depositada en el platito de porcelana, junto a la voluta inverosímil del asa.

—Perdóname —dijo una vez que hubo saciado su casi inextinguible apetito, echándose hacia atrás (con lo que su nuca se hundió en el mullido reborde del respaldo del sofá), estirando las piernas por debajo de la mesita (donde yacían tristemente los restos del desayuno), y acariciándose el estómago—. Ayer me excedí. No tengo derecho a meterme en tu vida.

—Ya lo has hecho —musitó ella, inaudible, enigmáticamente. Luego, tras un silencio que él, entregado ahora a la tarea ridícula de poner en orden el vello de su pecho, no percibió, dijo—: Por eso te perdono. Por eso paso por alto tus groserías. Por eso y porque soy una mujer. ¿No sabes —añadió, alzando la voz a fin de atraer la atención de él— que a las mujeres nos gustan los hombres con convicciones, los hombres capaces de defender sus ideas?

Súbitamente ensombrecido, Miguel cambió de postura: su cuerpo se extendió a todo lo largo del sofá, con la cabeza apoyada en un brazo del mismo y los desnudos pies hundidos en la piel tensa del otro, como para hacer inviable la posibilidad de que su mirada pudiera coincidir con la de Esther. A la que, al fin, una vez acomodado, dijo:

—Pues si es así, vas a sufrir una desilusión. Porque yo, después de todo lo que he vivido estos días, empiezo a no estar seguro de nada. ¡No, no lo digo por ti! Lo digo en general. Aunque, ¿a qué negarlo?, pienso que tú eres la causa de que yo haya cambiado, de que esté cambiando. ¿Cómo fiarme ya de lo que parece evidente? ¿Y cómo creer que, a pesar de las apariencias, algo puede cambiar en profundidad? Tú pareces una mujer, y eres un muchacho... —Hizo un movimiento raro, forzado por su posición en el sofá, para impedir que ella protestara—. Y por más que hagas (¡y mira que has hecho!) no podrás evitarlo. ¿No es posible que lo mismo suceda con España? Yo y algunos otros queremos que los habitantes de este país asuman su libertad, que rechacen para siempre las ideas, las instituciones y los hombres enemigos de ella; y nos hacemos la ilusión de que algo vamos consiguiendo, con nuestra acción, con nuestro ejemplo, con nuestras denuncias, en este sentido. Pero ¿y si nos engañamos? ¿Y si el cambio que creemos advertir es sólo de apariencia? ¿Y si los viejos demonios familiares duermen bajo las nuevas formas? Existen indicios que apuntan en ese sentido: ¿no leíste las respuestas reaccionarias de algunos de los más destacados líderes de la izquierda sobre la cuestión de la homosexualidad, hace un par de años?; ¿no sabes de los argumentos con que muchos ciudadanos del común comienzan a justificar la represión policíaca?; ¿no has advertido la facilidad con que parte de la juventud se desliza hacia la extrema derecha? ¡Ay, quizás este país no tenga arreglo! ¡Quizá gente como tú y como yo nunca pueda encontrar en él un lugar donde vivir de modo auténtico! Y lo más triste —se incorporó sobre un codo, buscando por primera vez los ojos de Esther, quien lo contemplaba absorta, con la cara entre las manos y los codos apoyados sobre las

rodillas— es, ¿sabes?, que resulta lógico que así ocurra. Pues aquí triunfó, hace ya cuatrocientos años, una forma de nazismo que no ha dejado de modelar desde entonces a los españoles. Sí, a los españoles de uno y otro signo. Con lo que, si bien lo piensas, las esperanzas de cambio se reducen a cero. Fuimos, durante cuatro siglos, enemigos de lo humano. Y eso hay que pagarlo.

Destellaba la madera encerada del mueble-biblioteca bajo la luz del sol. Refulgían los objetos de plata colocados en sus baldas. Y una armonía honda, aunque frágil como el cristal, planeaba sobre el ambiente, uniendo —a pesar de la distancia que los separaba— los cuerpos de Miguel y Esther, inmóviles y como traspuestos, sensibles —sin advertirlo— a la plena alegría de la mañana, que se desplegaba impetuosamente al otro lado de la ventana abierta: sobre los árboles y las casas, desbordando el cielo —sin embargo, ilimitado— con el agresivo añil que era su signo y cifra.

Reanudó la conversación, con pereza, Esther.

—No —dijo—. Yo pienso que siempre se puede cambiar. Y que ese cambio, muchas veces, es para bien. Mira mi caso: por un error de la naturaleza, nací mujer con cuerpo de hombre, lo que me hizo sufrir durante años; pero todo se transformó, afortunadamente, cuando tomé la decisión de asumirme como mujer y someterme a un tratamiento de hormonas. ¿Quién, de no ver lo que tú has visto, dudaría de que soy realmente una hembra?, —se rozó un hombro con la delicada barbilla—. Y una hembra muy bien hecha...

Posó Miguel la planta de los descalzos pies en el suelo, encarando a su interlocutora.

—Sin embargo —le recordó—, no has permitido que te eliminaran tus atributos de hombre. ¿Por qué no dejaste que te operaran?

—En Marruecos, donde me hormoné, me propusieron hacérmelo. Pero a mí me dio miedo. —Tragó saliva. Se retorció las manos—. ¿Qué quieres? Soy mujer, y temerosa, por ello. Además, me dijeron algunas compañeras que después de la operación ya no se siente nada. Y a eso —lanzó una furtiva mirada al muchacho, por el rabillo del ojo— no

estoy dispuesta a renunciar. —Desnudó sus dientes perfectos—. ¿Cómo te diría? —continuó—. Ser débil es propio de mujeres, y yo prefiero no remover demasiado las cosas. Hasta que tú entraste en mi vida, yo me sentía muy bien tal como estoy. Y tengo la seguridad de que si me dejas en paz..., —sus ojos se agrandaron: revolotearon sus pestañas—; quiero decir, si no insistes más en eso de que soy un hombre, recuperaré sin esfuerzo mi equilibrio de los últimos tiempos.

—¿Y siempre fue así? ¿Siempre te sentiste mujer? ¿Nunca en tu vida deseaste a una hembra?

—Nunca. Nunca —rezongó Esther—. A hombres, siempre. Por otra parte, hay mujeres a las que les gustan las mujeres.

—Por favor —protestó el muchacho—, no hagas trampas. Eres ya lo suficientemente femenina como para no tener que recurrir a ese modo de razonar, propio y exclusivo de mujeres, para convencerme de cuál es tu verdadero sexo. Que a las mujeres les gusten las mujeres, es otra historia.

—Bueno. No te enfades. Era una broma. Pero haz el favor de creerme: yo siempre he sido una mujer. Por lo menos, desde que dejé de ser niño, a los once o doce años, gracias a aquel compañero de colegio del que te hablé el otro día. ¿Te acuerdas? Me refiero al que me llevó a la zanja... Pues bien, cuatro o cinco meses después, partí con mis padres al campo, a una finca que tienen en la provincia de Salamanca, y allí ocurrió algo que me marcó para siempre, afianzándome en la decisión que había tomado tras sufrir las iras del cura a quien confesé lo que mi amigo y yo habíamos hecho. Fue así. —Se pasó la palma de la mano derecha por los labios, manteniendo cerrados, durante unos segundos, los ojos—. Vivíamos en una gran casa, rodeada de árboles, de la que cuidaban, a las órdenes de mi madre, las dos criadas que nos habíamos llevado de la capital. Una de ellas, mayor ya, se enamoró aquel año, por lo que se ve, de uno de los mozos de la vaquería, nuevo allí, y comenzó a faltar a sus obligaciones: a la menor oportunidad, escapaba e iba a reunirse con el muchacho. Mi madre, ignorante (como yo) de lo que pasaba, advirtió un día que la mujer, desobedeciendo sus órdenes, no estaba abrigando los metales, y, rígida e

intransigente como es, comenzó a llamarla con voces a las que la ira creciente iba haciendo subir de tono. Convencida, por último, de que había salido de la casa, me encargó que la buscara, y yo, arrostrando con desgana los ardores del sol (era la hora de la siesta), me dispuse a obedecerla. No se veía un alma por aquellos campos abrasados, pero me pareció oír voces en la vaquería. Así que me encaminé hacia ella y, no sé por qué, en vez de entrar por la gran puerta, abierta de par en par, lo hice por otra, pequeña y entornada, que había en la parte trasera de la destartalada construcción. Al principio, no vi ni oí nada: acariciado por la inesperada frescura del lugar, y embriagado por el intenso olor a forraje y a bestias dormidas, a orina animal y a cuero, tardé en descubrir que en el centro de la larga y oscura nave, afirmada a una de las paredes y semioculta entre aperos, se agitaba una pareja. Algo en los movimientos de ella debió de ponerme sobre alerta, pues, en vez de llamarla desde donde estaba, me aproximé sigilosamente a ambos y, apostándome tras una vaca que tenía hundida la cabeza en su pesebre y que no reaccionó ante mi proximidad, miré larga y ansiosamente. ¡Era claro que ella estaba jugando con él, haciéndole esperar lo que no estaba dispuesta a darle! Y yo, entonces, lleno de una indignación que a mí mismo me resultaba incomprensible, no pude reprimirme, y grité el nombre de la mujer, que sofocando una exclamación y bajándose precipitadamente las faldas, salió corriendo de la vaquería, sin volver hacia atrás la cabeza. ¡Oh, si tú supieras! Antes de que tuviera tiempo y calma para darme cuenta de lo que estaba haciendo, ya me encontraba ante el hombre. Que me miraba con extravío en los ojos. Que no hizo movimiento alguno para ocultar el grado de excitación que lo embargaba: tenía desabotonada su bragueta, y fuera de ella, los testículos y el miembro, que, delgado y largo, blanco y erecto, resaltaba rudamente sobre la negra pana de sus pantalones. Advirtió mi emoción (creo que yo estaba temblando) y me dijo: «¿Te parece grande? Pues, por lo que se ve, es chico para ella». Yo callaba, fascinado. Y él, entonces: «Fíjate, arde. Por esa mujer», añadió. Y como yo trastabillara al rozar aquello con

la punta de los dedos, me preguntó: «¿Tanto te excita?». Y luego: «Anda, toca». Lo que yo hice, demoradamente. La voz de él había enronquecido cuando me dijo a continuación: «No, tu mano también está muy caliente. No podrás hacerte una idea de cómo me arde, si no la rozas con una parte de tu cuerpo que esté fresca». Y con mano burda, embarazada, me soltó el cinturón, desabotonó mis pantalones, me bajó los calzoncillos hasta las rodillas. «¿Ves?» (mi sexo no había entrado en erección al contacto con el suyo, que hurgaba entre el erizado vello que cubría a medias el mío); «como un tizón». Y, poniéndose de puntillas, me lo pegó al vientre (yo había subido los faldones de mi camisa). «Sí», musité, cerrando los ojos. «Y por aquí», continuó él, «podrás apreciar mejor cómo está de caliente». (Me había hecho girar sobre los talones, tanteaba con su carne enardecida por debajo de mis nalgas). «¿Eh?» (su voz era casi un rugido). «¿Eh?». Y habiendo forzado mi indeliberada resistencia, y sin haber tenido apenas oportunidad de moverse, se abandonó, con un extraño carraspeo, a un orgasmo bestial que llenó de fuego mis entrañas.

Dejando a Esther con la palabra en la boca, y produciendo un morbosos ruido de succión al caminar con los pies descalzos por el piso, Miguel entró en la cocina, llenó de agua un vaso, se lo bebió de un inacabable trago, volvió al sofá, se sentó en él con los pies apoyados sobre el borde más próximo de la mesita —tuvo para ello que desplazar el tazón de que se había servido anteriormente—, cruzó los brazos sobre su pecho, fijó los ojos en la muchacha —brillaban sus largos cabellos; se mostraba desnuda, hasta la mitad del muslo, una de sus piernas cruzadas—, quien continuó su narración, con voz ya más tranquila.

—Dolorido y asustado primero, removida por dentro y presa de ataques de llanto no bien me quedaba sola, después, eludí durante el resto del verano todo encuentro con el vaquero que también me rehuía. Y así, presa yo de una invencible melancolía, llegó la hora de la vuelta a la ciudad, del retorno al colegio, que iba a ser en adelante el escenario de mi lucha con los demonios hermanos del miedo y del

deseo. ¡Pobre de mí! Embutida en mi traje de varón, yo merodeaba continuamente por los servicios, mirando a hurtadillas cómo los chicos de mi clase (y mejor aún, los de las clases superiores) satisfacían sus necesidades, cómo (sobre todo) agitaban aquello de lo que yo estaba tan ávida, antes de guardárselo detrás de sus relampagueantes portañuelas. ¿Quién fue el primero en advertir lo extraño de mi comportamiento? ¡Cualquiera sabe! Lo que resulta indudable es que pronto fueron muchos los enterados de mi secreto. Seis de ellos, una tarde a la salida de la última de las clases, me esperaron en un pasillo; tapándome la boca y cogiéndome en volandas, me introdujeron en un aula desierta, y una vez allí, comenzaron a pegarme, a amenazarme. «¿Eres marica o niña?, di», me preguntaban en voz muy baja. «¡Niña!», exclamó uno, al ver que yo empezaba a llorar. Y, sin haberse puesto previamente de acuerdo, como indignados por la desfachatez con que yo osaba dejar al desnudo mi verdadera naturaleza, me colocaron entre todos de espaldas al suelo («Si gritas», me dijeron, «te matamos»); me inmovilizaron los brazos, las piernas y la cabeza; y Jorge, que era el más alto, el más fuerte, se acucilló sobre mi pecho y me introdujo entre los labios, entre los dientes (que tuve que abrir porque alguien hundió sus pulgares debajo de mi mandíbula, junto a las orejas), lo que me hubiera llenado del mayor placer de no ser por la violencia que acompañaba su entrada.

Miguel, bajando los pies, se le aproximó para ofrecerle un pañuelo.

—No llores —dijo.

—Lloro de rabia, por ser como soy. ¿Quieres creer que, a pesar de mi humillación, de mi miedo, admiraba y deseaba en aquellos momentos a mis verdugos? Pues sí. Y los seguí admirando y deseando luego, después de que me hubieran hecho un daño aún mayor que el precedente: decirle a mis padres quién era yo, verdaderamente. ¡Aún tiemblo cuando lo recuerdo! Mi padre me pegó y me pegó con su correa. Y a continuación hizo algo peor: me llevó a un médico. «Físicamente, es un chico normal», dijo éste. «Yo le recomiendo», añadió, «que...». Y mi padre siguió su consejo.

—Hizo una pausa—. ¿Te imaginas lo que hizo conmigo, a dónde me llevó?

—A lo que él llamaría una casa de lenocinio o prostitución, supongo.

—Sí, sí. Aunque él ni siquiera le dio uno de esos nombres ridículos, como si el sitio a donde íbamos a ir no existiera. Me ordenó que me bañara, que me pusiera mi mejor traje, y que hiciera todo ello de forma que mi madre no lo advirtiera. «Para evitar preguntas que no vienen a cuento», me explicó. Por último (eran las siete de la tarde y anocheecía ya), me hizo señal para que lo acompañara, y juntos tomamos un taxi y juntos subimos al piso donde yo iba a pasar por una de mis más tristes experiencias.

—¿Tan duro resultó aquello?

—No. La relación con la mujer, no. Pero sí la presencia de mi padre en una especie de sala de espera, mientras yo me iniciaba en eso, a pocos metros de distancia. Yo creo que aunque mi naturaleza hubiera sido otra, la proximidad de mi padre, su voluntad de orden, su deseo de manipular mi intimidad, el parentesco claramente perceptible entre él hojeando allí revistas atrasadas y el cura en el confesionario aguardando mis confidencias, habrían impedido que yo llevara a cabo lo que de mí se esperaba. Que era poco, por otra parte, como me dio a entender sin palabras la muchacha contratada por mi padre, no bien entré en su cuarto. «Bueno, hijo», me dijo; «a ver qué podemos hacer por ti». Y se desnudó en un santiamén, mostrándome, despatarrada sobre la cama, lo que ella suponía el mayor de sus atractivos. Por supuesto, ocurrió lo que tenía que ocurrir: yo me sentí ajeno a mi cuerpo, y aunque ella sobó y resobó mis vergüenzas durante un buen rato, no consiguió que las mismas se animaran. «No te preocupes», me tranquilizó, harta ya, dejándose caer, boca arriba, a mi lado. «Esto ocurre a veces. Pero no se lo digas a tu padre, porque dudaría de mi profesionalidad, y a lo mejor no me pagaba. Tú, muéstrate... no sé... orgulloso. Pon cara de suficiencia. Y cierra la boca, que ya me encargaré yo de que todos queden convencidos de que te has portado como un hombre con experiencia».

Incorporándose, cogió entonces de su mesilla de noche un paquete de tabaco y un mechero. «¿Fumas?», me preguntó. Y aquél fue mi primer pitillo. «Sal fumando. Anda. Toma», me aconsejó cuando me vio ya vestido. «Eso te evitará muchas explicaciones». Y así fue. Pues mi padre, tomando nuestra complicidad por camaradería, y satisfecho de verme echando humo, no me preguntó nada, me invitó a una copa de coñac en el bar de la esquina, y no volvió a hablar nunca más del tema, dando por sentado que yo era ya un hombre como todos.

La voz ronca del claxon de un camión se dejaba oír allá abajo, en la calle, coreada por las más ligeras de los automóviles que, con toda seguridad, se alineaban tras de él, y por la muy aguda de un niño, que gritaba algo incomprensible desde una ventana próxima a aquélla por donde entraba, en perezosas oleadas, el calor que había empezado a envolver a Miguel y a Esther, sentados frente a frente: él, mostrando a ella las plantas de sus pies desnudos; y ella, al otro lado de la mesita, con la mirada vuelta hacia dentro, más frágil y liviana que nunca.

—Desde aquel día —prosiguió— hasta el momento de cumplir veintiún años, llevé una vida ejemplar, entregada al estudio: primero, en el colegio; luego, en la universidad, donde aprobé tres cursos de Derecho. «¡Ah!», pensaba yo. «Ya llegará mi hora». Y ésta llegó antes de lo que yo esperaba: en cuanto que alcancé la mayoría de edad, como si ésta hubiera traído luces nuevas a mi cerebro, caí en la cuenta de que nada me ataba a mi casa, que yo era libre. Y sin reflexionar, cogí una maleta, la llené con mi ropa, y, dejando una nota a mis padres en la que les rogaba que no hicieran nada para encontrarme, que Javier (yo me llamaba entonces así) había muerto y no sólo para ellos, cogí un tren y me vine a Madrid, resuelta a ser, por fin, yo misma. ¡No me iba a resultar fácil el conseguirlo! Agotado en seguida el dinero que traje conmigo, tuve que trabajar en los sitios más increíbles (y siempre, por poco tiempo) para poder pagar mi pensión: una casa maloliente, regida por una vieja frustrada y puritana hasta la locura, en la que se comía mal, y a donde yo nunca hubiera

podido llevar a un amigo, en caso de haberlo tenido. Porque has de saber que, a pesar de que ya no había quien me coartara, no encontraba ocasión de trabar amistad con nadie. ¿Mis compañeros de trabajo? Tuve muchos, pero jamás me atreví a hacer proposiciones a ninguno. Y así, mis deseos y mi desesperación crecían. ¡Si supieras con qué aire de demente recorría yo las calles en los ratos que mis ocupaciones me dejaban libre, en busca de un perfil, de una cara o un cuerpo que me permitieran dar forma a mis ansias, canalizar mi sed de cariño! Yo sentía envidia de las chicas que iban de la mano de muchachos por los que hubiera dado mi vida mil veces, y rencor hacia éstos, por su ceguera ante mis deseos. Y pena de mí, ¿me comprendes?, por el desamparo en que me encontraba. ¡Aridez!, esa era la palabra que mejor cuadraba a mi estado de entonces. Un estado del que salí la noche en que, tras haber caminado durante horas, desolado y sin rumbo, me encontré con Lola. Sí, no te rías: Lola. Una mujer a mi estilo, que, equivocándose de medio a medio, se me ofreció en un bar en el que yo había entrado a descansar un poco y a beber una cerveza, y que, al advertir su error, se compadeció de mí y me abrió las puertas de la salvación. ¿Cómo? Citándome en su casa para el día siguiente, y confiándome que había pasado por lo mismo que yo, y prometiéndome que, si seguía sus instrucciones, pronto sería como ella: una mujer de verdad, con admiradores y clientes que se la disputaban. «Te voy a organizar», dijo, «una fiesta de la que te acordarás durante toda tu vida, en la que vas a saciarte de hombres». Y así fue. Cuando llegué a su piso, hacia las seis de la tarde (que era la hora a que me había citado), sufrí una de las mayores impresiones de que guardo memoria, una conmoción intensísima. Porque allí, en la habitación a que me hizo pasar (y que luego supe que era su dormitorio) había cinco muchachos completamente desnudos, todos muy guapos y de los tipos más diversos, con los que me dejó sola, tras descorchar una botella de *champagne* catalán, de la que bebimos por turno una buchada cada uno. «¿Qué esperas?», me preguntó el más descarado de todos ellos, indicándome con gestos que había llegado el

momento de que me desnudara. Y otro (de pies y manos toscos, pero con hombros muy anchos): «¿Te gusta la música?». Yo asentí, mientras echaba mi camisa sobre una butaquita, aunque no hacía falta que lo hiciera, pues un chico delgado, que parecía negro de tan moreno, acababa de poner en funcionamiento el tocadiscos situado en el suelo, sobre la moqueta, al lado de la cabecera de la cama, y ya el ritmo orgiástico de un *rock* transfiguraba a mis compañeros, que comenzaron a mover brazos y piernas, con las nuca rígidas y la cintura rota, en un intento de hacerlo suyo. Así siguieron, cada vez más convulsionados, hasta que me hube desprendido de la última de mis prendas, momento en el que, sin dejar de bailar, me rodearon, formando un círculo que se iba estrechando alrededor de mi cuerpo. Cesó la música, y todos se inmovilizaron. Y cuando del disco brotó de nuevo la voz quebrada del cantante que interpretara la canción anterior, continuaron quietos, mirándome con fijeza. «¿Qué os pasa?», dije. Entonces, uno de ellos unió sus labios a los míos; y otro, me acarició íntimamente; y un tercero, tomó mis nalgas entre sus manos. Y por último, sentí que me derribaban, que me ponían boca abajo sobre la moqueta (la cual olía aún no sé a qué), y se renovaban de continuo los pies descalzos que me violaban, sin darme respiro, mientras que se estacionaban en el suelo, junto a mi cara, y yo gemía cada vez con menos pudor, y me dejaba llevar por el río encrepado de la voz del cantante, convulsa y triste. Cuando el último de ellos hubo descargado su sexo dentro de mí, apareció Lola e hizo que nos dejaran solas, ayudándome a levantarme, lavándome en el cuarto de baño que comunicaba con su dormitorio, y acostándose junto a mí en la cama, donde, una vez que hubo apagado la luz, comenzó a acariciarme como una madre a su hija, y a contarme la historia de su vida, que, en lo esencial, era muy semejante a la de la mía. Terminó explicándome de qué manera había dado solución a sus problemas, y proponiéndome que yo siguiera su ejemplo, hormoneándome. Lo que yo le prometí hacer, e hice, después de pensármelo durante dos o tres meses. Con el espléndido resultado que ves: desde que lo

hice, me siento reconciliada con mi cuerpo, que antes me desconcertaba tanto, y consigo todos los hombres que apetezco; hasta el punto de que puedo vivir (y bien, como ves) de lo que de ellos saco. ¿Qué más podía esperar yo, después de unos primeros años tan frustrados y lamentables? Fíjate, ahora me basta con pararme en una esquina y esperar un rato, nunca muy largo, para conseguir lo que busco: alguien cuyas piernas tiemblen al ver las mías, cuyos ojos se velen por un instante al advertir la forma en que doblo el cuello, cuyas manos se agarroten si yo decido respirar precipitadamente para que me suba y me baje el pecho. Así.

Dijo, y sus senos se agitaron bajo la tela ligera de su salto de cama.

—A ti esto te deja indiferente, ¿verdad? —preguntó, pasados unos segundos, al ver que Miguel, retirando los pies de la mesita, se extendía sobre el sofá y dejaba vagar sus ojos por el tabique de separación entre el salón y el *hall*—. Pues mira, como hace mucho calor, y como no hay peligro de que si me quito algo de ropa nos veamos obligados a hacer lo que ni tú ni yo queremos, voy a quedarme como acostumbro a estar cuando me encuentro sola: casi desnuda. Vamos, si no te molesta. ¿Te molesta?

Consiguió, con esta interrogación última, que Miguel volviera la cabeza hacia ella, y la mirara largamente.

—No —dijo él—. ¿Molestarme? ¿Por qué?

Y su cara se orientó de nuevo hacia el tabique.

Cayó blandamente, sobre el suelo, el salto de cama. Y los tacones de las zapatillas chocaron entre sí al descalzar la muchacha sus pies, cuyas plantas frotó, alternativamente, sobre una y otra de sus pantorrillas, produciendo un ruido que, por lo ligero, sólo un oído en tensión, al acecho, podía percibir. Un oído ávido, como el de Miguel, quien se incorporó sobre un codo, al percibirlo.

—¿Qué haces? —indagó.

Y sus ojos se agrandaron.

—¿Qué haces? —repitió, poniéndose en pie.

Ella se llevó una mano a la nuca. Se ahuecó los cabellos: blanco animal con el pecho y el pubis transparentándose a

través de las prendas etéreas que los cubrían. Distante y próxima.

—¿Yo? —dijo—. Nada. ¿Por qué?

Él se dejó caer sobre el sofá.

—¿Y si yo me quitara los pantalones? —Engarabitó los dedos de los pies—. Es que estoy sudando.

Hizo Esther un mohín de indiferencia.

—Por mí...

—¿Es que no te produce ningún efecto verme con poca ropa?

Ella comenzó a reír con tanta fuerza, que el muchacho dudó antes de seguir desabrochándose.

—No sé qué puede hacerte tanta gracia —se quejó, sacando el pie de la pernera cuyo extremo había cogido con una mano—. Yo creía...

—Por Dios, no seas tonto. ¿Crees que después de haberme reñido tantas veces puedo sentir algo por ti? Para mí eres como un padre o un confesor, aunque —añadió irónicamente— de izquierdas... Además, chico, parece que tú nunca te has mirado en un espejo. ¿Te imaginas ser de esos hombres que vuelven locas a las mujeres?

—Yo no me imagino nada —rezongó él—. ¿Por qué no me olvidas?

Rió ella otra vez.

—Bueno. No te ofendas —dijo—. La verdad es que tienes unas piernas bonitas y fuertes, y unos hombros muy anchos. A ver, déjame que compare tus pies con los míos. ¿Te das cuenta? —Él rozaba con sus dedos los de ella—. Resulta difícil encontrar un hombre y una mujer que, cada uno a su estilo, los tenga tan perfectos. ¡Y estate quieto, que me haces cosquillas! —Retiró él su pie—. No, no te apartes. —Sonreía—. Déjame tu mano. —La tomó entre las suyas—. ¡Así! Seca, nerviosa... ¿Por qué no me ayudas a llevar esto a la cocina? —Y sin solución de continuidad—: ¡Hay que ver cómo sudas!

A pesar de que se encontraba instalada en una habitación interior, sin ventanas, la cocina no estaba por completo a oscuras: la desparramada luz solar que entraba por la ventana del salón, si bien no llegaba a ella, era lo suficientemente

avasalladora como para mantenerla en una penumbra que se clarificaba cuando alguien abría la puerta encristalada que la aislaba del *hall*.

—No enciendas el tubo fluorescente —dijo Esther, depositando la taza con su platito y la cucharilla de plata en el fregadero—. Daría calor.

—¿Y dónde dejo esto?

—La cafetera, allí; la jarrita de la leche, aquí; y el azucarero... Oye, ¿cómo has podido traer tantas cosas de una vez?

Sonrió él, puerilmente infatuado.

—¿Qué más puedo hacer por ti? —musitó.

Esther, secándose las manos con un trapo, le dio cara.

—¿Y tú qué crees? —preguntó, mientras uno de sus pies desnudos se posaba sobre el más próximo de los del muchacho.

Éste, con un movimiento instintivo, extendió los brazos hacia ella, rozó con sus labios los de la muchacha —entre los que se abrió paso con la lengua endurecida—, los mordió luego.

—Esther, Esther...

—Me haces daño.

—Así. Tus pezones... Así: rozando los míos. ¡Y cómo huele tu pelo!

—Por favor, Miguel... No. Déjame que me suba a la mesa.

Él, con el miembro en arco y los testículos apretados en su bolsa —que se había contraído para proporcionarles el calor preciso—, observó cómo la muchacha quitaba los objetos que había sobre la mesa auxiliar, hacía descansar su espalda sobre la superficie de la misma, alzaba las piernas, se quitaba las diminutas bragas con increíble rapidez y se cubría con ellas la zona baja de su vientre —que en ningún momento quedó al descubierto—, lo miraba ciegamente.

—¿Ya? —indagó.

Ella abrió los muslos, entre los que él se colocó, y apoyó sus tobillos en los hombros cuya anchura antes había exaltado, y aflojó la tensión de sus riñones, con lo que sus nalgas, que permanecían sin apoyo, bajaron, buscando con la

diestra y guiando luego —se sujetaba al borde de la mesa con la otra mano— el enardecido pene.

—¡Empuja, empuja! —rogó.

—No. No pasa.

—Más fuerte, cariño.

—¿Así?

Y el anillo del glande forzó la resistencia del esfínter.

—Sí, mi amor, mi niño. Más hondo. Entra.

Y sus pies golpearon —una, dos, tres veces—, sin ritmo, el rostro mortecino de Miguel, cuando por su noche interior se extendió, súbita y avergonzada, la vía láctea de la pasión ajena.

¿Cuántas horas habían transcurrido desde que se produjera el contacto decisivo entre ambos, el choque último de las dos carnes? Siete, ocho quizá. Unas horas que ellos pasaron extendidos sobre la cama, sin hablarse, fumando Miguel, tal vez dormida la muchacha, ausentes ambos en la semioscuridad de la alcoba, distanciados por la blancura hostil de las sábanas, casi nocturnas ahora que apuntaba el crepúsculo: unas vetas rojizas en el mármol gris del cielo, que se entreveía a través de los listones de madera de la persiana.

Sigiloso, el muchacho orientó la cara hacia su compañera, que reposaba sobre su flanco izquierdo, dándole la espalda: su respiración era pausada. ¿En que soñaría? O, de estar despierta, ¿cuáles serían los recuerdos en que se demoraba, y cuáles, los proyectos, las maquinaciones que fraguaba su imaginación? Suspiró. Tal vez se limitara a hacer suya, a través de sus adormecidos sentidos, la carga temporal del momento que se va...

Apenas crujió el somier, al aliviarlo él de su peso. Y es que, ¡había puesto tanto cuidado al levantarse, tanta furtiva precaución al hacerlo! Como si temiera que sus movimientos desencadenaran los de su pareja, los sofrenó, los redujo al mínimo, conteniendo la respiración mientras. ¿A causa de qué? Quizá lo ignorara.

Recorrió con pisadas cautelosas la pequeña distancia que separaba la cama de la ventana. Apoyó la frente sobre las tiras de madera que barraban longitudinalmente el hueco de ésta y deslizó su mirada por entre dos de ellas. No para mirar

el cielo, en el que reverberaban ahora luces hoscas, sino aquel sector de la calzada, y la acera, que alcanzaban a verse desde el lugar donde estaba apostado. ¡Malditos árboles! Sus copas reducían aún más el campo de visión, proporcionaban un escondite a quien quisiera disimular su presencia bajo ellas. ¿Y quién podría extrañarse de que alguien se reclinara sobre el tronco que las sustentaba? Por ello, el hecho de que los transeúntes se aproximaran al espacio que acotaban sin manifestar sorpresa, o salieran de él sin volver la cara, curiosos, no significaba nada: allí podía estar oculto, sin aparentarlo de cara a quien caminaba por la calle, un policía. Un policía que a lo mejor, en aquel mismo momento, hacía señal a tres o cuatro de sus compañeros —recién llegados en una furgoneta que se habría estacionado en la cara opuesta, unos metros más abajo— para que se deslizaran al filo de la fachada del inmueble del que formaba parte el apartamento de Esther, y subieran —unos por la escalera y otros en el ascensor...

Respingó al sentir sobre uno de sus hombros, fríos, el peso leve de la cálida mano de ella.

—¡Por favor! —se quejó—. Qué susto me has dado.

—¿Por qué? ¿Te preocupa algo?

Había calma, plenitud en la cara de la muchacha. Y un fulgor adormecido en sus ojos, que lo miraban mansamente.

—¿Qué tienes? —insistió, ante su silencio—. ¿Qué temes? —Y luego—: ¿Por qué no te echas otra vez?

—Sí, claro —farfulló su compañero, sarcástico—. Para que la policía me encuentre en la cama, ¿no?

—¿Y por qué va a venir la policía? No hemos hecho nada que pudiera atraer su atención.

—Cuando tú lo dices...

—Estás inquieto. Eso es todo. Y la inquietud te hace temer sin motivo.

Miguel, que había vuelto de nuevo la cabeza y la mantenía apoyada sobre la persiana, exteriorizó su descontento expeliendo aire por la nariz. Una. Dos veces.

—Eres un niño —rió ella. Y comenzó a acariciarle la nuca.

—Deja —gruñó él—. No es momento para tonterías. —Y,

apartándola de sí, comenzó a sortear los obstáculos que lo separaban de la puerta del salón—. Ya podrías vestirme, ¿no te parece? —dijo, al cruzarla, a pesar de que, por su parte, únicamente llevaba encima el *slip*—. ¿O es que esperas clientes? —Y salió.

Pensativa, Esther se acercó a su mesilla de noche, sacó un cigarrillo del paquete que había encima de ella, lo encendió —tras sentarse en el borde de la cama y cruzar las piernas—, se escondió tras una bocanada de humo, atenta a los ruidos que le llegaban de la otra habitación, también a oscuras. Por último, se levantó, se puso su salto de cama y pasó al salón.

—No enciendas la luz —ordenó él. Que guiñaba los ojos para ver mejor lo que sucedía en la calle, despreocupado del cielo, súbitamente negro, gelatinoso como un cadáver que se descompone, cuyas fronteras, vulneradas por la noche, habían dejado de marcar los límites entre lo alto y lo bajo, abocándolo todo a la confusión—. ¿O es que quieres que me descubran?

Ella no contestó. Sentada en el sofá, bruscamente arrancada a las tinieblas cada vez que chupaba su pitillo, lo miraba, sin más, atenta a cada uno de sus movimientos, por insignificantes que fueran. Admirando, ahora que las luces de la calle habían sido prendidas, lo enérgico de su perfil, el contraste entre la blancura de su cara y las líneas de sombra que la surcaban, lo macizo de su silueta, la gracia inconsciente con que, a intervalos, se apartaba un tozudo mechón de cabellos de la frente, el modo como su pecho se dilataba a impulsos de su calma respiración viril.

—Cuando te dije que te vistieras —dijo él, que se dibujaba ahora, impotente, dándole cara, sobre el entramado de luces y sombras de la ventana—, quise decir que lo hicieras como se debe. No que te sentaras ahí con esas tetas al aire. ¿Me oyes?

Sí. Lo había oído —¿cómo hubiera podido escapársele la palabra hiriente, cómo dejar de advertir el uso turbio del adjetivo determinativo?—. Y porque, aun habiéndolo oído, ella no quería reconocerlo por completo, se levantó, sí, y abandonó la habitación, pero muy despacio, como si la

decisión de hacerlo hubiera surgido naturalmente de ella, y no como fruto de un imperativo exterior. Regresó, así, de a poco, con los senos ligeramente más altos —lo que era señal de que se había puesto el sujetador— y, sin decir palabra, recuperó su asiento de antes, y siguió mirando a su ofensor, que apoyaba las espaldas sobre la persiana, y las manos, sobre el estrecho repecho de madera.

Un ruido ligero, inquietante por su extrañeza, anuló al instante la calma tensa que se había establecido entre ambos: alguien estaba haciendo girar una llave dentro de la cerradura de la puerta de entrada al apartamento.

Caminando blandamente sobre los dedos de sus pies desnudos, Miguel se aproximó a Esther, se inclinó sobre ella.

—¿Qué es eso? —dijo.

—No te preocupes —bisbiseó ella—. Está echado el cerrojo.

—Pero ¿quién puede ser?

—Sólo hay dos llaves: la mía y la de los porteros.

—¿Y pueden ser ellos?

—¡Hombre! Si la suya no se la ha quitado alguien...

—Quizá la policía les pidió que se la dejaran.

—A lo mejor.

—Y, ¿qué hacemos?

Quien fuera, insistía, a pesar de que ya hubiera debido darse cuenta de que era el cerrojo lo que impedía a la puerta abrirse.

—También la cadena está puesta —susurró Esther.

Yantes de que acabara de decir estas palabras, un sonido estridente, chirriante, rasgó la oscuridad del apartamento.

—Llaman —cuchicheó, sombríamente, Miguel.

—Sí.

—¿Vas a abrir?

—No sé qué hacer. ¿Qué piensas tú?

—Yo... ¿Dónde está mi pistola?

—Deja eso ahora. Usarla no serviría para nada.

—¡No pensarás que voy a dejar que me cojan!

Ella se encogió de hombros.

—Ni tú, que yo vaya a dejar que te maten.

—¿Qué hacemos, pues?

Un segundo timbrazo se dejó oír.

—Vete al cuarto de baño —dijo Esther—. Y no salgas hasta que yo te llame. Voy a encender la luz.

Y así lo hizo, mientras Miguel corría, de puntillas, hacia su escondrijo.

Sobre sus tacones repiqueteantes, con una firmeza aparente que era desmentida por el tono inseguro de su voz, la muchacha anduvo hasta la puerta del apartamento, al tiempo que preguntaba:

—¿Quién es? ¡Un momento! ¿Quién llama?

En la zona del pasillo que abarcaba la mirilla, no había nadie. Sin embargo, ¿cómo cerrarse a la evidencia de que al otro lado de la hoja de la puerta alentaba alguien?

¡Una mujer! Afortunadamente, se trataba de una mujer: su voz, aunque grave, era inequívocamente femenina. Y, lo que resultaba aún más tranquilizador, aquella mujer estaba sola: excepto la respiración acezante de la portera —había dicho su nombre: María— y el roce del calzado de ésta sobre el suelo al desplazar sus pies para aliviar la tensión de la espera, ningún sonido rompió el silencio perfecto del pasillo durante los inquietantes segundos que Esther permaneció con la oreja pegada a la frágil plancha de madera que la protegía del exterior.

—Ya abro —dijo. Y así lo hizo, con presteza.

La mujer, calzada con babuchas y vestida con una bata oscura, ocupaba todo el espacio entre la hoja —aún semicerrada— y el bastidor de la puerta. Corpulenta, pelinegra —los cabellos, muy rizados por una permanente barata, le formaban aureola alrededor de la cabeza—, de miembros recios, tenía un aire viril a pesar de la rotundidad de sus pechos —desnudos bajo la gastada tela— y de la morbidez de sus anchas caderas. Su piel era muy blanca, de un tinte lechoso, y sus manos, estropeadas por el trabajo, se movían de continuo con imprevista, instintiva elegancia. Poco agraciada de cara —tenía la boca, de labios gruesos, excesivamente grande, y los dientes, desparejos; la nariz resultaba excesiva—, sus ojos —aunque pequeños, de un

bello color azabache, muy brillante— compensaban, sin embargo, con su vivacidad, con la profundidad de su mirada, todas las imperfecciones de la misma, poniendo de manifiesto que tras aquella máscara un poco tosca, de carne ya floja, acechaban la lucidez y la violencia.

—Pase —rogó Esther, cerrando la puerta tras de ella—. ¿Me buscaba?

Sonrió la mujer.

—¡Qué raro! —dijo, al tiempo que mostraba a la muchacha la llave del piso—. No me pregunta que por qué me he atrevido a intentar meterme en su casa sin haber llamado. ¿Eso no le molesta? ¿O es que está tan bien educada que es capaz de pasar por todo con tal de evitar un escándalo? No, déjeme pensar... Yo creo que lo que ocurre es que usted no quiere indisponerse conmigo, que oculta algo que yo podría descubrir si me lo propusiera. ¿Acierto? Pues tranquilícese, porque ya he descubierto su secreto, sí, pero no pienso confiárselo a nadie... a menos que usted rechace lo que voy a proponerle. —Miró a derecha e izquierda, muy dueña de sí, casi cortés, tranquila—. ¿Puedo sentarme? —preguntó.

Con el rostro demudado, la muchacha le hizo seña con una mano para que pasara al salón, y una vez la otra en él, para que tomara asiento.

—Verá —explicó la portera, arrellanándose en un extremo del sofá, sin tomarse la molestia de bajarse la falda, de cubrir la parte inferior de sus gruesos muslos, que cruzó con esfuerzo—. Como soy una mujer muy sincera, voy a ir directamente al grano. ¿Le parece bien? Bueno. Entonces, empezaré por decirle que, aunque sólo tengo cincuenta años, llevo más de treinta de casada. Y que treinta años son muchos. ¿Me entiende? Yo era una buena moza en mis tiempos, y aunque mi marido nunca fue gran cosa en la cama, durante los primeros tiempos pude conseguir, con poco esfuerzo, que él me dejara satisfecha por las noches. Pero ¡ay!, ya sabe usted cómo son los hombres: poco a poco, a medida que desaparecía la novedad, fue dejando de cumplir como debía, y, cuando quise darme cuenta, por más que yo

hiciera no lograba conseguir que se le levantara... ¿Me entiende? ¡Pobrecillo! ¡Las cosas que tuvo que oír de mi boca! Hasta que me conformé. A no hacerlo con él, claro. Porque, ¡lo que es con otros! Pero, bueno: los hombres no se encuentran por ahí como las patatas en mi pueblo. O por lo menos, los hombres como es debido: sin timideces, sin miedos, dispuestos a coger al vuelo una insinuación, una mirada, y a sacar de quicio a una mujer, con sus colgajos, en menos que canta un gallo. ¿Me sigue? Pues fíjese si será difícil encontrarlos, que yo, a pesar de mis ganas y mis dicharacherías, no me he topado más que con diez o doce en todo el tiempo que hace desde que mi esposo se convirtió, para mí, en un difunto. ¡Madre de Dios! Y mira que he puesto empeño en ello... Pero ¿qué quiere? A más de que el personal escasea, una se va poniendo vieja. Y el resultado es (y perdone la expresión) que ya ni me acuerdo de cuándo me comí la última rosca. —La gravedad con que hablaba, no condecía con el tono festivo de sus palabras. Era como si quisiera desdramatizar su angustia o arrastrar a Esther a una complicidad degradada—. ¡Y así me va! Estoy nerviosa, y la pago con mi marido, que, hartó ya, me grita en cuanto que comienzo a encocorarle: «¡Anda y que te ondule, chica! Búscate un querido». Eso lo dice —aclaró— porque cree que ya nadie va a gruñir un «por ahí te pudras» a mi paso, y que yo, de todas formas, no prestaría atención a quien se atreviera a echarme los tejos. ¡Como si la hija de mi madre fuera la ninfa constante! —Rió de su propia gracia—. ¿Se da cuenta? —dijo luego—. Aún conservo el buen humor. ¡Y no le arriendo las ganancias a quien me lo arrebate! No, eso no va con segundas... Pero, en fin, será conveniente que usted no lo olvide.

—¿Y... qué tengo yo que ver con todo eso?

—Pues tiene que ver que usted guarda aquí un pichón, y que o lo compartimos, o rompo la baraja.

—No sé de qué me habla —dijo Esther, cada vez más pálida.

—¡Ah! ¿No?

—Bueno...

—Ya está bien —la cortó la mujer—. Dejémonos de tonterías. —Hizo una pausa—. ¿Sabe usted lo que me contó anteayer uno de esos señores que la visitan, y ante los que yo hago la vista gorda porque así me lo manda el dueño de estos apartamentos? Pues me dijo lo que era usted, lo de ese muchacho que debe de andar escondido por ahí dentro. ¿Se da cuenta? Si yo la denunciara a la policía, si yo le contara todo a don Andrés...

—¿Y por qué iba usted a hacer eso? —preguntó Miguel, que acababa de aparecer, sin que Esther ni la portera lo advirtieran, en el marco de la puerta del dormitorio.

Hubo un silencio. Luego, la mujer se levantó e, ignorando a su compañera, se fue acercando lentamente al muchacho, quien, semidesnudo, dio un paso atrás.

—¡Qué cuerpo! —murmuró la portera. Y sus grandes manos se deslizaron por los pectorales de Miguel, cuyos pezones palpó con suavidad, hasta que éstos se endurecieron—. ¡Un macho auténtico, además! —añadió, al ver el modo como el miembro abultaba ahora el *slip*, metiendo un dedo entre la tela y acariciando el suave vello.

—¡No lo toque! —gritó Esther.

—¿Eres tú —la portera la enfrentaba, purpúrea y magnífica— quien va a impedírmelo? ¿O —de nuevo dio cara al muchacho— acaso este chulo?

—Pero ¿qué quiere, qué quiere? —preguntó Miguel.

Y la mujer, desafiante, alejándose del muchacho, que permanecía en el umbral de la puerta, y de Esther, a pocos pasos de él, se levantó la falda y mostró el velludo sexo, que se abrió como una fruta madura al separar ella las piernas.

—¡Esto! ¡Y eso, aquí dentro! —exclamó—. O si no, el escándalo. Y la policía.

Miguel miró a Esther, que apartó los ojos, y, pensativo, hizo caer al suelo la única prenda que lo tapaba.

—¿Así? —dijo.

La interpelada se limitó a sonreír, mientras que Esther, tapándose la cara con las manos, decía:

—Si te acuestas con ella, cobarde, tendrás que irte. Y de nada te valdrá hacerlo, porque no me voy a quedar callada.

—¡Ah! —exclamó la portera—. ¿También tú con amenazas? Pues no pienses que me voy a quedar aquí esperando a que ése deje de dudar, contemplando cómo se le arruga el pitraco. Se bajó la falda. Me voy. Y ateneos a las consecuencias.

No había llegado todavía a la puerta del apartamento, sin embargo, cuando Esther la detuvo con un grito.

—¡Espera! —dijo—. Vuelve. —Y al ver asomar la triunfante cabeza de la mujer, en un susurro, a Miguel—: Haz lo que quieras.

Agachando la cabeza, el muchacho se dio vuelta y entró en el dormitorio, seguido por la portera, que cerró tras de sí la puerta.

—¡No! La puerta, abierta.

Y, tras haberla empujado con un pie, la muchacha apagó la luz del salón —los otros habían encendido ya la de la alcoba— y se apostó junto a la ventana, mirando sin ver el sombrío telón nocturno ante el que se alzaban, irreales como un decorado, las fachadas de las casas fronterizas.

—Vamos a ver —se oyó decir a la portera en la otra habitación— si conseguimos que esto —aquí, una risita— se enderece. —Hubo un quejido—. ¿Te hago daño?

—No —musitó Miguel, cuyo miembro, al hundir la uña la mujer en la carne tierna del glande, bajo el prepucio, había comenzado a desarrollarse—. Pero si sigue así —añadió, con voz más baja aún, mientras la mano firme de ella hacía deslizarse la piel sobre su masculinidad enervada—, voy a quedar fuera de combate antes de que éste empiece.

Volvió a reír la portera, que soltó su presa.

—Llámame María —dijo. Y, poniéndose de rodillas sobre la cama (cayeron al suelo sus chanclas), con las rodillas separadas y los pies (de plantas de color ámbar) fuera, se recogió la falda bajo la cintura, y, a continuación, se dobló en dos, hasta apoyar la cabeza sobre su antebrazo derecho (hundido ahora entre las sábanas), con lo que sus nalgas se abrieron (dejando al descubierto el prieto y rosado orificio fibroso que protegían), y su sexo emergió, rotundo y palpitante, bajo los ásperos zarcillos umbríos del vello que lo

nimbaba.

Lentamente, Miguel fue introduciendo por los labios ávidos y el conducto, recorrido a intervalos mínimos por pulsaciones nerviosas, de la mujer, el pene nervudo: primero, la floración monstruosa de su deseo; luego, el inacabable despliegue curvo de la fuerza que la sustentaba. Se detuvo al fin: inverosímilmente, ahora que su cuerpo había encontrado en el otro un valladar infranqueable —su vientre estaba fundido con las abiertas nalgas de ella—, la excitación, virilmente sojuzgada, de que era presa, tenía las suficientes reservas de intensidad para provocar un postrer crecimiento de su miembro hiperestesiado.

—Vas a destrozarme —balbuceó la mujer.

Y él comenzó a moverse.

Lo hacía despacio, para probar su dominio de sí y para manifestar la ternura, mezclada con orgullo, que lo embargaba; con ritmo simple y sereno —una penetración larga y calma seguida de una retirada casi imperceptiblemente más nerviosa y rápida—; concentrado en su tarea, serio y silencioso, atento a realizar coordinadamente los dos tipos de movimientos —sus manos se abrían y cerraban sobre los glúteos de la mujer— exigidos por la ocasión, como el alfarero que, sin dejar de hacer girar el torno con los pies, da forma a la boca de la vasija con dedos que no fallan; en lucha con el sofocante ardor que lo iba dominando.

—¿Te gusta?

Ella le contestó con un gemido.

Lo que motivó en Miguel una reacción inmediata: sin salirse de la mujer, se inclinó hacia adelante y apretó contra su vástago los labios entre los que éste se hundía, al tiempo que reiniciaba, pero con una más viva alternancia de los tiempos fuertes y débiles, el movimiento de vaivén, momentáneamente interrumpido, con que convirtiera en un animal feroz, todo zarpa y colmillos, la carne más secreta de su compañera.

—¡Toma! —dijo—. ¡Toma!

Anillada interiormente por un orgasmo que la hacía

contraerse como si atravesara su cuerpo una corriente eléctrica, ella irguió con brusquedad la cabeza en el momento mismo en que Miguel, fuera de sí, materializaba en chorros hirvientes y sobresaltados su don de vida, provocando, de esta forma, la salida del pene, del que seguían brotando riadas de semen blanquísimo.

—¡Oh! —gimió.

Y, dándose vuelta, relampagueante, ofreció de nuevo —de espaldas ya sobre la cama— su vulva al miembro magnífico, sobre el que se cerró con fiereza.

Una primavera extraña cubrió de flores la mirada de Miguel en aquel momento: fortalecido por la presión de los brazos de ella contra su espalda, de los muslos de ella contra sus riñones, del clitoris en erección contra la verga tensa, y por la suavidad obscena del viscoso líquido que lo bañaba todo, comenzó, sin sentir las dentelladas de la mujer sobre su cuello y sobre su pecho, a topar con su pubis el pubis humedecido que se le oponía.

¡Mortal combate —ella topaba y topaba, también— en que la espada de doble filo y el redondo escudo —un hombre y una mujer— chocan para hacer inviable el descubrimiento de que los cuerpos nos limitan, de que la fusión de las intimidades contrapuestas aún no es posible, y quizá nunca lo sea! ¡Convulsión, con estruendo metálico y gemido de carne tajada, de la conciencia que adivina el nombre de su condena —soledad— y el sentido de su culpa! ¡Lucha sin desenlace, si no es la muerte, o su apariencia!

—Mírame a los ojos —alcanzó a balbucear Miguel.

Y cuando ella lo obedeció —hubo pasos, que ni el hombre ni la mujer oyeron, y la puerta del cuarto de baño se cerró con estrépito—, un doble escalofrío, el espejeo mutuo de dos abandonos, los unió en el éxtasis del minuto que se desvanece.

—¡Esther!

La portera ya se había ido, pero a pesar de ello, y de sus repetidas llamadas, la muchacha no abría.

Al fin lo hizo. Y salió con los ojos enrojecidos. Distante y triste.

—¿Qué te pasa? —preguntó Miguel—. ¿Yes? Se acabó el peligro.

Por primera vez, ella aparecía ante él sin maquillaje. ¿Más bella aún por el contraste entre la armonía de sus rasgos delicados y la masculinidad ahora al descubierto de los mismos?

Se quejó:

—Eso, el peligro, ¿es lo único que te preocupa? —dijo.

—No, claro.

—¿Qué, pues?

Él no supo qué contestar.

—Una u otra, ¿verdad? Te da lo mismo. ¿O es que querías demostrarte, demostrarme, que eres un hombre?

Marchó hacia el salón. Se sentó en el sofá. Miguel, que la había seguido, buscó acomodo a su vera.

—No te enfades —susurró. Le pasó un brazo por encima de los hombros y, doblando el codo, le tomó la barbilla entre los dedos—. ¿No te das cuenta? Quizás hice lo que hice no para protegernos, sino por miedo a ti. Por miedo a enamorarme. ¿Te lo crees? —Ella, con cuidado de preservar el contacto de la mano con su cara, agachó la cabeza, emitiendo un ruido insólito, lo que provocó un sobresalto en el muchacho—. No te rías —pidió.

—No me río. Es que estoy un poco resfriada. —Y se hundió de nuevo en las aguas calmas del silencio.

Miguel las agitó de nuevo, con sus palabras:

—Un hombre no puede enamorarse de otro hombre, ¿comprendes? Acostarse juntos, pase; está bien. Pero lo otro... No, aunque parezca una mujer. Y peor, tal vez, si lo parece. Se tiene la impresión de andar por un terreno que no existe, no se sabe qué esperar, ni qué hacer. Te lo juro: me da un miedo atroz. —Apartó de la muchacha la mano y el brazo. Se inclinó hacia delante, en la semioscuridad—. A ti todo esto te parecerán tonterías, porque para ti las cosas están claras: eres una mujer y yo un hombre. En mi caso, en cambio... Yo siento que me hundo, cada vez más, en lo desconocido, y no acierto a dar nombre a lo que veo. Yo ya no estoy seguro de ser yo, ni de nada. Y eso resulta insoportable. ¿Adónde me

llevas?

—Piensas demasiado.

—No lo suficiente.

¿Era de mañana? ¿O ya había atardecido? ¿De noche, quizá? La persiana del dormitorio estaba totalmente echada. Y también, la del salón. Por lo que la oscuridad resultaba absoluta, o casi. La claridad que dejaban pasar los mínimos resquicios entre los encajados listones de madera sólo podía ser tenida por desdeñable: signos de luz, más que otra cosa. De donde se deducía... Claro: el día debía de haber acabado ya. ¿Acaso él no había almorzado tarde, cediendo luego a la tentación de una siesta, mientras Esther se atareaba en la cocina con la vajilla sucia? ¡Qué manera de dormir, últimamente! Días y noches se fundían en una larga secuencia onírica, entrecortada por intervalos de vigilia cada vez más breves —como fogonazos en lo oscuro—, que amenazaba con eliminar toda solución de continuidad, con extenderse hasta aquellos momentos de frenesí carnal y de rudas disputas en que ahora consistía la vida de ambos. O al menos, de él. Pues la muchacha, de alguna forma, seguía conservando en mano los hilos de su destino, en relación con la existencia de todos. Y si no, ¿dónde se encontraba ahora? Subió un poco la persiana, y a la escasa claridad resultante, consultó su reloj. ¡Las ocho, ya! Esther estará ya de vuelta, llegará de un momento a otro. ¿Sola? ¡Ah, esa es otra cuestión! Con una pareja de azar, seguramente: un hombrecillo frustrado y lúbrico, que buscará en ella la compensación de muchas horas de triste soledad, o un alivio a la rutina del lecho conyugal, compartido de antiguo con desgana...

La luz mezquina del descansillo de la escalera irrumpió con tímida violencia en el apartamento, dejando atrás el *hall*, aventurándose por el salón: ¡Esther estaba de regreso y él podría abrazarla! ¿Abrazarla? No lo había hecho hasta ahora sino bajo el impulso del deseo, tras dominar con esfuerzo éste, por mor —hasta cierto punto— de las circunstancias. ¿Era, acaso, entonces, que la pasión venérea lo dominaba hasta tal punto que desdeñaba dar señal de su existencia —pues por más que interrogaba a su cuerpo, éste no daba razón de vida—, o se trataba de ternura, siendo ésta el origen del impulso que lo acalambraba? Lo segundo, con toda probabilidad. Pues al oír, tras el taconeo de los zapatos de ella, una voz de varón, el encantamiento se fundió en la nada. Y el apartamento todo se aligeró de su misterio, dejando de estar constituido por una suma de elementos evocadores de la presencia de la muchacha, para convertirse en una vulgar casa de citas. Y él, en un siniestro testigo indeseado, que se esconde bajo la cama envilecida por tantos abrazos sin amor, contra natura, y allí aguarda, entre el polvo acumulado con el paso de los días y la frialdad de las baldosas, pasar inadvertido —no más— y conservar el dominio de sí cuando se inicie la zarabanda de la cópula sodomítica.

—¿Miguel?

Había sido apenas un susurro. Pero él lo oyó, y después de comprobar que los zapatos del hombre —a diferencia de los de Esther— no eran visibles desde debajo de la cama, ni aun moviendo la cabeza longitudinal e incómodamente, sacó ésta —el borde de la colcha casi le tapaba los ojos—, y miró a la muchacha durante un segundo —ella decía: «No pude hacer nada para impedirlo. Me forzó a venir. Pero lo despacharé en seguida»—, tiempo que tardó el hombre en alcanzar la puerta del dormitorio y preguntar a su compañera:

—¿Hablabas con alguien? ¿No estamos solos aquí?

Lo que hizo que ella, sobresaltada, negara falsamente —«¡qué cosas dices! Anda, ven a tomar una copa»—, y lo empujara hacia atrás —«Deja esa puerta abierta», dijo él, «si quieres que te crea»—, llevándoselo de la alcoba y haciéndolo

sentarse en una butaca —«¿me das un pitillo?», pidió—, mientras ella, después de que el chasquido del encendedor indicara que él la había complacido, trasteaba con los vasos y la botella del *whisky*, y sonreía sin sentido, sin venir realmente a cuento.

¡Un bonito asunto! Miguel apoyaba la cabeza sobre sus brazos cruzados, con la cara vuelta hacia el muro de la ventana. ¡Él, allí, tragando polvo, cómplice de lo inicuo —pero en seguridad—, y ni un pensamiento para sus compañeros! ¿Qué sería de éstos? ¡Ah! Perseguidos, hostigados, acorralados —sin duda— por la policía. ¿Y luego? Golpeados, en tinieblas, solitaria carne de prisión, sin comunicación posible, bordeando las fronteras de la desesperanza. ¿Para acabar así, ellos y él, tanta joven ilusión encendida, tanta noble pasión por los otros, tanto desdén hacia lo cotidiano y tanta ardorosa rebeldía? Ninguna sociedad, ningún hombre merece el sacrificio de quienes queman su juventud en nombre de un futuro más alto. ¿O sí? Todo está consumado. Siempre. Y hasta la abyección es necesaria. Pero ¿para qué? Para iluminar lo que ronda en lo tenebroso, para hacer visible lo que gusta de la oscuridad, para lograr vernos —siquiera una vez— las caras: mano a mano con lo auténtico, aunque lo auténtico sea atroz. Y morir de seguido. Sí. Pues, ¿qué cabe después del saber sombrío sino, negados como nos están los cánticos de júbilo y de alabanza que se alzaban antaño a los ángeles que afirman, dimitir de la vida, y tomar pasaje para lo que la niega, o nos niega? ¡Nada, nada!

Llegaban rumores del salón: el choque de una copa contra la madera de la mesa sobre la que ha sido posada con demasiada fuerza, palabras entrelazadas de una conversación trivial, deslizarse de suelas y crujidos de muelles, la puerta de un mueble que se abre y se cierra, el borboteo del líquido escanciado en un vaso. Y de pronto, una risa. Una risa femenina, emitida una octava más arriba de lo habitual: sórdida, viciosa. «¡Estate quieto!», había dicho ella antes de reírse así. Pero la risa había privado de validez al contenido de aquellas palabras.

Se encendió la luz del dormitorio —la de la lámpara de la mesilla de noche de la muchacha— y Miguel se contrajo sobre sí en su escondite. ¡Había llegado el momento! El momento, interminable, en que él sería olvidado, vilipendiado por las voces secretas de la especie, ignorado en cuanto macho y aun en cuanto hombre, y puesto en la picota del deshonor, de ese deshonor que no tiene por testigo, fuera del verdugo, sino a la víctima inerte, pero que signa para siempre a ésta, poniéndola en manos de las gemonías rapaces. ¿Salir, pues, en busca de la perdición definitiva? No, aunque el corazón se hiele dentro de la carcasa del cuerpo de ignominia, y el sudor desborde los límites de lo decente. Pues el daño está hecho, y la herida, abierta y sangrante. Para siempre. Para siempre.

Desde su escondrijo, únicamente alcanzaba a ver la parte inferior de las extremidades de la pareja: zapatos de hombre y de mujer en desplazamiento continuo, el revoloteo de los bajos de una falda, la raya milagrosa de unos pantalones que, ajustados hasta la rodilla, se ensanchan luego. Y a oír, el roce y el crujido de suelas y tacones, el murmullo de las telas al desplegarse o al frotar el cuerpo que velan, y, prestando atención durante los breves intervalos de quietud y silencio, el rumor casi nulo de una respiración que pierde su rito habitual, el sonido de succión de un beso robado.

—Perdóname —dijo Esther—. Pero no me encuentro del todo bien. ¿Te importaría que fuéramos derechos...? Yo estoy lista. Me basta con verte para sentirme dispuesta. —Tiró lejos de sí una y otra zapatilla. Y dejó caer, como si supiera que la revelación de la femineidad de sus piernas adorables tenía que ir acompañada por un golpe de mar, y por el cerco de espumas de la onda que rompe y se retira, el vestido alrededor de sus pies, dudosos entre la cándida indefensión de la paloma y la agresividad con garras del milano—. ¿No te pasa a ti lo mismo conmigo?

Él no contestó. Haciendo mucho ruido con sus zapatos, se dirigió hacia la cama, en la que se sentó —era un hombre corpulento, a juzgar por el modo como había distendido el somier—, procediendo luego a descalzarse.

—Yo, pequeña —fanfarroneó—, siempre estoy a punto. Y contigo, más. —Se sacaba ahora los pantalones (lo que hizo que Miguel, ante el rechinar estruendoso que lo envolvía, se llevara una mano a la cabeza, para protegérsela)—, a los que siguieron los calzoncillos (formando montón ambos sobre el calzado y los calcetines), y, después de una pausa (los flejes habían dejado de hacer ruido), la camisa. ¿Lo ves? —añadió, levantándose—. Esto lo prueba. Y sus pies empezaron a moverse en dirección a los de la muchacha.

¡Aquellos pies que se desplazaban! Tan bellos... ¿Los compararía Esther con los suyos, como días antes comparara éstos con los que, sucios ya por el polvo, yacían ahora indefensos, sobre las losetas frías, bajo la cama? No hay nada sin parejo. Y un hombre no es más que un hombre. Reemplazable siempre, sí; aunque cueste admitirlo. Porque la verdad es que resulta penoso hacerlo: uno se siente desplazado de lo cálido, apartado no sólo de quien lo rechaza, sino también, de los otros, del resto del mundo, y de sí. En soledad perfecta. Esa soledad, o abismo, que parece tornar inviable, con su mera existencia, el planteamiento de la pregunta esencial: y si yo soy reemplazable, ¿no lo será también el ser que me obsesiona? ¡Ay, este interrogante — con desprecio de toda lógica— no admite una respuesta afirmativa! Y es que el sentimiento se rige por una ley que priva de validez a cualquier otra. ¿Cómo, si no, explicarse que éste pugne en todo momento para vulnerar la plenitud a que supuestamente aspira, que no le quepa alcanzar su desarrollo máximo sino en el seno de la derelicción, al borde mismo de las lágrimas? Pues es en el ámbito equívoco de los celos donde el enamoramiento, tembloroso, florece. Hasta el punto de que cabría decir que es un sentimiento que se orienta, sin saberlo, hacia la aniquilación. Y ello, quizá, porque el sujeto mismo adivina que, de ser sólo camino, de reducirse a mera etapa en el camino hacia el amor, hacia la comunión perfecta con el objeto fascinante de tanto desvelo, perdería la dolorosa y magnífica intensidad —inalcanzable por otros medios— que lo caracteriza, la sobrehumana violencia con que pone en entredicho la validez de los límites

de nuestra condición, los fundamentos mismos de la vida. ¡Oh, inconfesada vocación mortal! ¡Tirada de dados en que la apuesta es el absoluto o la nada! ¡Jugada suicida, como una cabriola sobre el vacío, cuando se hace sabiendo que el cable fue retirado en el momento del salto, que el amor no estará allí para ofrecer un apoyo al equilibrista que se aventuró por los aires glaciales con la imagen de un ser de su mismo sexo pintada con mano torpe en el santuario escarlata de su corazón! Pues no cabe comunicación, ni espejo de imágenes, en el seno de lo idéntico.

Estaban allí parados, aquellos dos: a muy poca distancia uno de otro. Y los pies —¿qué hacían las manos?— se buscaban. Los muy varoniles del hombre, de dedos largos y uñas perfectas, engarfiados ahora por el deseo, apenas se contenían sobre las baldosas en que reposaban; y los de ella, de formas suaves, sin rozaduras ni excrecencias, y mucho más pequeños, se ofrecían al contacto, se abandonaban a lo porvenir, moviéndose con nerviosismo. «¡Tan infantiles!», dijo él. «¡Tan tiernos!». Al tiempo que los cubría con los suyos.

¿Dónde, en qué lugar y tiempo se había producido un hecho semejante? ¿Quiénes fueron los que, embebecidos, establecieron su primer contacto así, y dejaron constancia para siempre de ello bajo una forma que desafiaba al olvido? Sus nombres se ignoran, pero un pintor renacentista, Bartolomeo Veneto, conservó para el futuro la memoria de sus cuerpos —¿acaso soñados?— en el minuto indecible del roce primero: una columna, y luego un arco, tras el que una puerta entreabierta repite, con su vano iluminado, la forma de aquélla: penetración simbólica; en primer término, sobre el repecho de la ventana a cuyo través se contempla la escena, una flor en un vaso con agua se ofrece a la mirada como una promesa de lo que aparece ya realizado en los elementos arquitectónicos del fondo; y en medio, en el espacio constituido por la luz —semejante a la que hace visible la puerta ya citada, y puente temporal entre los dos espacios: el de la penetración y el de sus prolegómenos— a que dan paso dos ventanas en escorzo, una pareja de

muchachos de distinto sexo. Él es moreno, rubia su compañera, y ambos se revisten de una blancura de mármol. Desnudos, el muchacho posa su pie izquierdo sobre el derecho de ella —que, a su vez, pisa con el suyo izquierdo el derecho de él— y, con el cuerpo a medias oculto por el de la muchacha, en posición frontal, toma con una mano el pecho más próximo de ésta —que realiza con las suyas un juego turbador: la izquierda busca en el vientre del hombre aquello sobre lo que la derecha, en alto y abovedada, se cierra—. ¿Aspirarían Esther y su cliente a la plenitud de aquel abrazo retenido, a la serenidad en el éxtasis de aquellos cuerpos trascendidos por la belleza?

¡Ay, no había promesa de plenitud, ni serenidad, en los movimientos crispados de los pies del visitante, ni en la pasiva aceptación de aquéllos, secretamente inquietos, a los que éstos oprimían!

Cayó al suelo el sujetador de Esther. Y ella dijo:

—Espera.

—¿Qué pasa? —preguntó él, apartándose—. ¿He hecho algo que te ofendiera?

—Por supuesto que no. Es que quiero que, antes de seguir, sepas quién soy verdaderamente yo. Para que puedas actuar luego en consecuencia.

Rió el hombre.

—Y me vas a decir... No seas ingenua, que ya lo sé. ¿O por qué te crees que te he buscado? ¿Pensabas que te iba a dejar cuando me contaras que no eres una mujer, o que no siempre lo fuiste, y que recurres al truco de la menstruación cada vez que un hombre se te aproxima, para ocultar que no puedes tenerla? ¡Déjate de tonterías! Hacer contigo lo que, te apetezca o no, voy a hacer, es, siendo lo que eres, tan increíble y escalofriante como llevarse a la cama a un ser ajeno a este mundo, a una sirena. ¿Te imaginas lo que significa poder tocar a un tiempo estos pechos tan redondos, que vibran bajo mis dedos, y esos testículos velludos, sobre los que duerme el pasado que rechazas como un marinerito entre rocas, a los cuales voy a llegar (rompiendo para ello, si es preciso, tus bragas), por más que te opongas?

—No. Todavía no —rogó ella—. Deja eso quieto, por ahora. ¿No te basta con sacarme de mis casillas a pellizcos, ¡ay!, en mis pobrecitos pezones, que yo saqué de mi pecho liso para ti solo, para que tú los dañaras y me enervaras (¡bestia!) y (¡querido!) te corrieras? —Se oyó un ruido de tela rasgada—. ¡Míralos, si eso te da gusto! Pero no los toques, aún. Déjalo dormir, a él. Es el tuyo (¡qué enorme!, ¡qué cabezudo!) el que ahora importa.

La voz del hombre, enronquecida, parecía oler a esperma.

—Ahí, contra el armario. De pie —ordenó—. Ábrete de piernas. —Los cuatro pies estaban ahora muy próximos a la cara de Miguel, cuyos ojos lucían tras la colcha—. ¿Te hago daño?

—Sí. No. Mejor. ¿Qué importa? O si quieres, ábreme con la lengua. Así, ¡así! Y ahora, empuja. ¿No puedes entrar? A ver, dame. ¡Qué hermosura! La tienes tan caliente, que me quema la lengua. ¡Me vas a desrriñonar! ¿Ya? ¡Oh! Suave, suave... Te arde. Y yo me muero. ¡Más lento! Con cariño... Pero hasta lo hondo. ¡No te detengas! Ya vale. ¡No, ay! ¡Ya vale! Sí, sí, sí. ¡Me ahogas, me quemas! —Un silencio—. ¡Maldita sea la hora en que me parió mi puta madre! —Comenzó a golpear con la cabeza la puerta del armario empotrado, sobre la que se apoyaba—. ¡Te quiero! Ya, ya... ¡No salgas!

Abrió Miguel los párpados. ¿A dónde habrían ido? Los buscó con la mirada.

—Límpiate bien —dijo ella. Que dejó caer al suelo una toallita de maquillaje—. Y échate en la cama. —Súbitamente, gravitó sobre el muchacho el peso del hombre—. Debes de estar derrengado. ¿Te gustó? —Lanzada con fuerza, otra toallita cayó en el centro de la habitación—. ¡Otra vez no! Así fue perfecto.

—Te daré lo que quieras —murmuró el hombre—. Y ahora yo seré la mujer.

Hubo estupefacción en la voz de ella.

—¿Qué dices? —preguntó.

—Tú, el macho; yo, la hembra.

—Pero ¿cómo?

—Ponte esa cazadora. —Él se movía sobre la cama, con nerviosismo—. Y por cierto, ¿de quién es?

—De un cliente. Se le olvidó.

—Póntela. Bien. Y saca tu verga.

—¿El qué?

—La correa. Coge la correa de mi pantalón. Eso es. Y hazla restallar. ¡Muy bien! Y mientras, yo escondo esto entre mis muslos, y me convierto en una hembra. ¡Mírame con atención! Ahora soy tu esposa. Que te engañó con otro. ¡Pega con la correa en el aire! Con otro, mejor que tú. Y tú lo sabes. ¿Verdad que me odias? Di: «Puta, puta». Y pégame. ¡Venga! «Puta, puta». ¿Qué esperas? —Cambió de voz, irrisoriamente—. ¡Yo no tuve la culpa! —gritó—. ¡Él tenía más fuerza! —Y como Esther no reaccionara—: Me la metió y me gozó. ¿Te enteras? Porque es un hombre, no como tú. Y yo me volví loca.

Un trallazo cruel marcó las espaldas desnudas de la mujer fingida. Que, exaltada por el turbio dolor, prosiguió:

—¡Loca, loca! —Otro golpe—. Y lo volveré a buscar. Y ya no lo soltaré. —Menudeaban, rítmicos, los trallazos—. Y tú te quedarás sola. —Era su carne, enardecida, la que ahora aullaba—. ¡Sola! —Un nuevo golpe, más fuerte—. ¡Oh, papá! —la voz era, nuevamente, de hombre—. ¡Yo no he hecho nada!

Miguel salió trabajosamente de debajo de la cama y, sentándose en el borde de la misma, pasó un brazo por encima de los hombros de Esther, sollozante.

—No llores más —la consoló—. Ya se ha marchado. Y yo no dejaré que regrese. ¿Quieres un vaso de agua? —Corrió a la cocina—. Despacio —dijo, al regresar—. No te atragantes. —Ella tosía—. Y ahora, échate. Descansa. ¿Te parece bien que apague la luz? —Quedaron en penumbra—. Cierra los ojos. Y olvida. —Sonrió a las sombras—. Qué, ¿te sientes mejor? ¿Quieres dormir? No, no hables. Yo me quedaré aquí, a tu lado. Hasta que te recuperes. Dame la mano.

Poco a poco, como la nieve que se desprende de un árbol que alguien agita, la excitación, la tensión, las presencias hostiles que dominaran el ambiente hasta entonces, fueron

diluyéndose y todo recuperó su perfil inequívoco de siempre: los muebles, en los que las maderas y los tejidos conservaban vestigios de la vida natural, multiforme e interconexionada que antaño fuera suya, se redujeron a sus límites habituales, dejando de vacilar, de moverse, al unísono con las pasiones idas; la luz, tamizada por la pantalla de pergamino, que procedía del salón, se recortó, como de costumbre, sobre el suelo del dormitorio, repitiendo, en más grande y con alguna deformación, la forma del hueco de la puerta; Esther, desnuda bajo la sábana y la colcha, acabó por aquietarse, dominada por la imperiosa paz que le transmitía la mano, cerrada sobre la suya, de Miguel, quien, sentado junto a ella, tenía fija la vista en el vacío; y el silencio, en cuyo seno el olor a semen se iba debilitando, mezclado con el menos intenso del perfume de los cabellos de la muchacha, acabó por conferir al conjunto la inmovilidad helada de una construcción geométrica.

Miguel lo rompió, devolviendo la vida a la estancia.

—¿Y el marinerito? —preguntó.

—¿Qué marinerito?

—El marinerito de que hablaba el tipo ese.

No pudo continuar: presos de un ataque de risa, se revolcaron por el lecho hasta que la hilaridad los dejó exhaustos.

—¡Pobrecillo! —dijo Esther, recuperándose con dificultad.

—¿Quién?

Él. Con sus disfraces. Con su angustia. —Volvió la cara hacia su compañero—. No —le pidió—. No vayas a seguir con la broma... Si se le ocurren esas cosas será porque habrá leído a Alberti. —Ahora fue ella quien no pudo evitar que a sus labios aflorara una sonrisa—. En serio —añadió—. ¿No comprendes que así intentaba manifestar, con pudor, su ternura? ¡Como un niño, sí! Como un niño que sufre, pero que se niega a reconocerlo, por vergüenza. Él sufre a causa de que no logra ponerse de acuerdo consigo mismo, que no se atreve a mirarse cara a cara, y de que, a pesar de ello, no puede negar sus deseos, no puede impedir que su verdadero rostro se trasluzca a través de las máscaras tras las que se

esconde. ¿No crees?

Él le soltó la mano, antes de contestar:

—Sí. Es probable. Aunque no estoy seguro. De lo que sí lo estoy, es de que todo lo que dices de él se te puede aplicar a ti: lo de los disfraces (has hecho de tu cuerpo un disfraz), lo de la angustia...

—¿Y qué sabes tú de mí? ¿Y qué sabes tú de mi angustia? —Se había incorporado, sentándose en la cama, con los pechos al aire—. Yo estaba en paz conmigo misma, y tú viniste a perturbarme. ¿Por qué? ¿En nombre de qué te eriges tú en mi juez? ¡Ah! El puro, el altruista, el viril, el varón sin tacha...

—Sólo me preocupa tu felicidad. Y porque pienso que no se puede ser feliz mintiéndose, te acoso, te persigo. ¡Eres un hombre, aunque no lo quieras! Y si no, ¡mira! —Y de un tirón la despojó de la sábana que cubría sus piernas, dejándole al descubierto el sexo—. ¿Lo ves? Basta con que lo toque, con que lo acaricie un poco, para que se levante y crezca.

Ella emitió un chirrido amenazador a través de los labios apretados.

—No lo vuelvas a hacer —masculló—. Si me tocas ahí, te juro que te mato. Y echándose de nuevo, se tapó hasta el cuello con la colcha y con la sábana.

Transcurrieron unos segundos, unos minutos, ritmados por el gotear de un grifo. El del lavabo, muy probablemente. Al que la voz de Esther, surgiendo de profundidades inverosímiles, impuso silencio.

—Tú pretendes —comenzó ella— que me fuerzas por mi bien, para que abandone la mentira en que vivo, para que sea auténtica. Y sostienes, además, que, de no hacerlo, contribuiría a la opresión social, al mantenimiento de los prejuicios sobre el sexo, a la defensa de ese supuesto orden que me oprime, que te oprime, que oprime a la mayoría. ¿No es así? Pues bien, no te creo. Y no es que yo dude de que estés seguro de lo que dices. Lo que pasa es que yo pienso que debajo de esas ideas tuyas hay más que lo que parece. ¡Un momento! ¡Déjame hablar! ¿O es que no tengo derecho a hacerlo? Pues bien, me parece que tú, con el pretexto de

ayudarme, lo que buscas es imponer la razón, tus ideas, a la vida. Lo que, permíteme que te lo diga, sólo puede llevarte al fracaso. ¿Que por qué? Pues porque la vida no tiene nada que ver ni con la razón ni con las ideas, que, en contra de lo que tú quieres, deben de estar a su servicio, para hacerla más llevadera. Y hay más: en el fondo, a lo que aspiras es a plegar la vida a tu voluntad, a imponerle los dogmas que te forjas. Y aún peor: en mi caso concreto, quieres dominar lo que te inquieta, yo, y ponerle puertas a ese campo que es un ser humano, yo, para sojuzgarlo, para convertirte en eso que, de boca para fuera, tanto desprecias: un señor, un amo, un dueño. ¡He dicho que no me interrumpas! ¡Ahora soy yo quien lleva la voz cantante! ¡Y no renunciaré fácilmente a ello! ¿Me oyes? Pues calla, que aún no he terminado. Aún te falta por oír lo mejor. Esto: yo comprendo que tú te engañes haciendo como que prosigues tu lucha, tu revolución o como quieras llamarlo, aquí, conmigo, concienciándome. ¿No es así? Y que de esa forma justifiques ante ti mismo tu pasividad, el que sigas escondido en mi casa, mientras tus compañeros sufren a manos de la policía, son torturados o muertos. Pero no permito, ¿sabes?, que pases de ahí. Y que yo acabe pagando las consecuencias. Ten valor por una vez, y reconoce la verdad. Admite lo que salta a la vista: que te da miedo llegar a amarme, y que como piensas que no cabe el amor, el verdadero amor, entre hombres, pretendes que yo asuma mi condición de tal para así protegerte. Y te diré más: quizá, sin que te atrevas a reconocerlo, quieres que yo vuelva a ser un hombre porque, sin tener conciencia de ello, los hombres te atraeron siempre, y sueñas (¡oh, sí, sin admitirlo!) con que uno, yo, te posea, te fuerce.

No replicó Miguel. Ni hizo comentario alguno sobre lo oído. Como si aquellas palabras no le concernieran, permaneció callado, ensimismado, absorto. Su respiración, sin embargo, se había vuelto entrecortada, y su cuerpo estaba tenso.

—Bien... —dijo, de modo casi inaudible. Y se levantó. Comenzando a recorrer el dormitorio a pensativas zancadas, sin hacer ningún ruido con sus pies descalzos.

—¿Estás enfadado? —le preguntó Esther.

Él no dijo nada.

—¿No piensas hablarme? —insistió ella.

Salir de la habitación fue la respuesta del muchacho.

—¿Qué haces? —inquirió su compañera cuando la luz del salón se apagó.

Él estaba de nuevo en la alcoba. Con un cigarrillo encendido en los labios. Y el rostro —que se le iluminó fugazmente al chupar con fuerza, para avivar la mínima candela que marcaba en la oscuridad el emplazamiento de su boca— transfigurado a fuerza de concentración.

—Lo siento —musitó Esther—. No puedes imaginarte cómo lo siento.

Hubo un ruido de maderas que entrechocaban, y bajo éste, el de una polea chirriante: Miguel subía la persiana, y con ello, iba dando acceso a la noche, cuyas luces turbadoras —floración de terciopelo con jeroglífico de diamantes— se fueron posesionando de la estancia en una vertiginosa sucesión de telones y decorados infantiles.

—Se inclinó el muchacho sobre el reborde de la ventana y, con un movimiento brusco, arrojó a la calle su cigarrillo encendido, que trazó en el vacío un arco de chispas. Luego, se volvió hacia el interior, donde el cuerpo de Esther, muy quieto, aparecía empequeñecido bajo la colcha y la sábana. Se extendió en la cama, por último, y se sobresaltó cuando la mano de ella buscó la suya.

—Ese cielo —dijo entonces— no debería extenderse sobre Madrid, ni sobre la estepa que la circunda. Es un cielo muy antiguo, que alguien desplegó sin ruido sobre bosques de los que ya no se guarda memoria. ¿No oyes? Rompe la brisa contra la copa de sus árboles, cuyas hojas tintinean (son de vidrio y metal), y desciende el rocío, sumiso, sobre las altas hierbas. La luna hace mucho que inició, entre el estruendo agónico de los cobres, su ascensión, y ahora es un águila muerta, de hojalata, emperchada en el guante negro de la noche, que se enguinalda con madre selvas invisibles. ¡Qué olor enervante! Huele a tierra húmeda, a vegetación podrida, al pelaje hirsuto de los pequeños animales que comienzan a

salir de sus madrigueras. Y cuando enmudece el zorro melancólico (ha venteado su presa), a la carne, enardecida por los abrazos, de una pareja. Mira: un hombre y una mujer, que no somos nosotros y que están saciados, se besan. ¿Qué pueden buscar aún, con las manos y los pies sudorosos, en el vértigo granate de la boca, de la lengua, de los labios frutales, a que uno y otra se entregan? Yo pienso (o quizá sean ellos quienes a través de mí lo piensan) que quieren borrar el bosque, y la noche, y la luna, y ese cielo donde la luna impera, para convertirse ambos en el único paisaje viable del ser que cada uno de ellos, con las manos y los pies ya fríos de nuevo, rozan, reverenciosos, a la pálida luz del deseo que renace. ¿No lo adviertes? Jadean y suspiran. Sobre ellos, el círculo de la pasión otra vez se estrecha.

Piaban los pájaros y su canto llegaba, tierno, hasta la cama. Sobre ella, con las desnudas pantorrillas bañadas por el sol matinal, Miguel se debatía entre el sueño y la vigilia. El ulular de un claxon en la calle lo despertó. No consiguió, sin embargo, moverlo a abandonar su cómoda postura: boca abajo, con una pierna doblada y la otra extendida, sus manos descansaban, sobre la almohada, sobre el colchón, en línea con la nuca y con la barbilla. ¡Oh, alegría de la mirada que yerra y juguetea, sin posarse, sin encontrar obstáculo que la detenga!

Abrió mucho los ojos, de pronto: desconocía aquella perspectiva. Y aquel cuerpo... No lo reconoció, y una oleada cálida alteró su pulso. ¡Ay! La emoción duró poco. «Pero, si soy yo», dijo. Y, sentándose, se echó a reír: Esther había dejado abierta la puerta del armario que él siempre viera cerrada, y uno de los grandes espejos interiores de ésta reflejaba al muchacho de pelo alborotado y con cara soñolienta que él era. «¡Vaya susto!», murmuró, echándose de nuevo.

No. Había habido algo más que sorpresa y miedo incipiente. ¿Un comienzo de excitación, tal vez? Por primera vez había visto su cuerpo como si fuera ajeno. Y, ¿a qué no reconocer que ello le gustó? «Estoy muy bien hecho», tuvo que admitir. Y lo hizo con una sonrisa.

Ahora, no obstante, el encantamiento estaba roto: ver su cara encima de aquel torso de nuevo familiar —había vuelto a incorporarse— privaba a éste de todo atractivo. ¿Lo

recuperaría si se disfrazaba? Buscó con la vista a su alrededor y encontró el salto de cama de Esther, con el que se envolvió la cabeza. Y la risa lo hizo estremecerse otra vez. «Pareces un fantasma», susurró. «Sí, verdaderamente estás grotesco. ¡Grotesco!».

Se dejó caer hacia atrás. Abrió los brazos y las piernas. ¡Ah! El sol le llegaba ya al vientre, cubría de oro su sucio *slip*. ¿Y si se enmascaraba como la muchacha? Buscó con una mano la huella de ésta entre las sábanas. Sin encontrarla. «¡Con tal de que no vuelva pronto!», dijo, levantándose.

Se contempló, abierto de piernas y con los puños en las caderas, en el espejo. ¿Cómo habría podido confundir aquellas piernas y aquellos pies con los de una mujer desconocida? Y sin embargo... Abrió las hojas de la otra puerta del armario, y su rostro se endureció al ver el lugar donde permaneciera escondido —¡hacía ya tanto!— durante horas. «¡Bah!». Sus músculos faciales se relajaron. «Minutos tan sólo. Y no hace más de tres días», dijo. Y se concentró en la tarea de hacer correr las perchas sobre la barra. «Esto irá bien», murmuró.

Era un vestido de color celeste, de tela plisada y muy ligera, prácticamente sin forma, con mucho vuelo. Un vestido virginal, por así decir; propio para una muchachita núbil, apenas adolescente; delicado y femenino como ella. Revestir con él un cuerpo pleno de varón resultaba, así, obsceno, pero terriblemente excitante. Por lo que Miguel no pudo reprimir un escalofrío voluptuoso al sentir el roce de la seda sobre su pecho, y al ver cómo ésta hacía resaltar el bulto de su sexo. ¿Qué pasaría si se quitaba el *slip*? ¡Oh, que la tela se empinaba a la altura de su vientre, y ello, visto en el espejo, producía un efecto ridículo! Además, ¿una mujer sin senos? Nunca se había sentido tan viril. Curiosamente, lo femenino de la prenda, que disimulaba exteriormente sus formas, le hacía cobrar conciencia de la masculinidad de su cuerpo. ¡De entrar en aquel momento la portera, con qué violencia la traspasaría —una, dos, tres veces— hasta dejarla preñada! Tuvo que quitarse el vestido —y lo hizo con tal violencia, que temió haberlo roto— para vencer la tentación de

masturbarse...

Pero aquello no era suficiente. Se ahogaba, y hubiera acabado por desgarrar la tela que acababa de arrojar sobre la cama, por lastimarse el miembro entre el somier y el colchón —necesitaba hundirlo en algo que no fueran sus manos—, de no ser porque, advirtiéndolo súbitamente —en el silencio absoluto generado por su apasionamiento— el gotear del grifo del lavabo, corrió al cuarto de baño y se echó agua en la cara, en el pecho, en los antebrazos.

La cama, donde había buscado refugio, lo rechazó en seguida. También allí, al contacto con las sábanas, de las que se desprendía un olor sutil que no percibiera antes, se iba inflamando sin remedio, presa de apetitos que suscitaban imágenes casi tangibles y que cargaban de significación erótica aquellas partes de su cuerpo que él nunca imaginara que pudieran adquirirlo. Se levantó, pues, y se asomó a la ventana. ¡Vanidad de sus esfuerzos para no sucumbir ante lo inevitable!: en un balcón de la casa de enfrente, dos plantas más abajo de la suya, una mujer madura regaba macetas, y al hacerlo, se inclinaba hacia el suelo, con lo que su vestido, ajustándosele, ponía de manifiesto la admirable carnación de sus caderas, de sus nalgas, cuya separación resultaba claramente visible. De pronto, como si hubiera notado que alguien la observaba, ella recuperó la verticalidad con un movimiento brusco, giró sobre sus talones, buscó con la vista —en las plantas que se sucedían hacia lo alto, al otro lado de la calle— a quien la turbara, y al divisar al muchacho, de pelo revuelto y hombros desnudos, sacó los pechos y dejó que se los rozaran las flores de las macetas suspendidas de la barandilla. Y Miguel, con las manos clavadas sobre la madera del marco de la ventana, no pudo resistir la intensidad y la fijeza de aquella mirada que poco a poco iba ganando terreno a la suya, y se retiró al interior de la alcoba.

¡Unos pechos semejantes a los de la mujer de las flores sí que lo transformarían! Con ellos y con el vestido puesto, podría contemplar sus piernas como si no le pertenecieran, como las piernas de un ser del sexo opuesto, y hacer tangible, así, el fantasma —nuestra imagen al otro lado del espejo—

que buscamos de continuo durante la adolescencia en las primeras mujeres que deseamos. «Todo esto es infantil», masculló Miguel. Pero la convicción de que ello no era así, no le impidió dirigirse de nuevo al armario, revolver sus cajones, sacar de éstos un sujetador, que se puso trabajosamente, y una combinación y varios pañuelos, con los que rellenó como mejor pudo las copas de la prenda.

¿Mirarse en el espejo ahora, para descubrir una figura monstruosa —senos de mujer y atributos de hombre—, y sufrir de nuevo la impresión insoportable que experimentara al descubrir la desnudez total de Esther? No se arriesgó a ello. Volvió al armario y escudriñó hasta el último rincón de los dos cuerpos que comprendía. Su botín fue una peluca negra, deteriorada y cubierta de polvo, y unos zapatos sin talón, pero de pala cerrada, con tacones muy altos. Y unas pulseras baratas. Todo lo cual, después de ponerse otra vez el vestido, se fue colocando con movimientos graves, de acuerdo con un ritual no aprendido: la peluca, sin ningún esfuerzo; y también con toda facilidad, las pulseras, que hizo tintinear sobre la muñeca de su brazo derecho; dificultosamente, los zapatos, de los que quedaron fuera sus talones. Y una vez disfrazado así, como a pesar suyo —había ahora algo de mecánico en sus gestos y actitudes—, su cuerpo mimó con torpeza las acciones propias de una mujer, adoptando posturas que la solidez de su cuerpo tornaba antinaturales, ridículas.

Inició un paso de baile, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo. Incorporándose —maldecía—, se ajustó la peluca, se echó abajo el vestido, introdujo el pie en el zapato que se le cayera, anduvo parsimoniosamente hasta los dos enfrentados espejos. Una vez entre ellos, se miró y se remiró, por delante y por detrás. Sin ningún entusiasmo. ¡Un hombre disfrazado, y no otra cosa! El cuerpo, sobre todo, si se lo contemplaba desde un determinado ángulo, podía pasar. Pero la cara... Más acusadamente varonil bajo la peluca, incongruente si se la relacionaba con los falsos y ostentosos pechos, ¿podrían el maquillaje, el rímel, la pintura de labios suavizar su dureza, la agresividad de sus rasgos? Y por si fuera poco, aquella

barba crecida, cerrada, de dos días por lo menos. «Bien», dijo. «Hagamos una última tentativa». Y dando traspiés sobre sus zapatos, se dirigió al cuarto de baño.

Ya estaba afeitado. «Un poco de maquillaje, pues». Y se embadurnó totalmente la cara. «Parezco un payaso», murmuró, mientras se pasaba por las mejillas, por la frente, por las mandíbulas una toallita de papel. «¿Y ahora?». No estaba mal: una película uniforme, de color ladrillo, cubría su rostro, en el que ya no resultaba visible el más pequeño poro, «¿Los ojos?». Con un cepillo diminuto, se ensombreció las pestañas; con un lápiz negro, muy graso, se pintó las cejas —tuvo que fijar con saliva algunos pelos rebeldes—, trazando luego dos líneas gruesas que, contorneando los párpados inferiores, se alargaban en dos largos rabos orientalizantes. Por último, se dio *rouge* en los labios —intentó darles la forma que había admirado en una amiga suya, sin conseguir sino empastarlos torpemente—, dando término a sus manejos con una amplia sonrisa. «¡Por Dios!». Llevaba cuatro o cinco días sin limpiarse los dientes, y ahora, el rojo intenso de sus labios hacía más visible la capa amarillenta que los cigarrillos incesantes habían ido formando sobre ellos. «Si me los lavo», masculló, «tendré que pintarme otra vez la boca». Idea que debió de horrorizarlo, pues se contentó con jurarse que no reiría aunque su imagen resultara ridícula en los espejos.

Y no rió ante éstos. Por el contrario: adoptó una expresión particularmente grave. Pues se encontró metamorfoseado más allá de toda esperanza, convertido en un extraño, casi bello. «¿Vamos, guapo?», susurró con voz amadama, sin que pudiera establecerse a quién atribuía aquellas palabras, si a él o a la imagen del doble reflejo, ya que ésta no era, desde luego, la de una mujer, sino la de un hombre que remedaba la femineidad, y él seguía siendo un hombre bajo su disfraz, bajo sus afeites. «Anda», añadió, sacando un pie de su zapato, y exhibiéndolo desnudo, al tiempo que se subía la falda para mostrar, arrogante, la pantorrilla. «¿A qué esperas?».

¿Qué fue lo que entonces le hizo volver la cabeza y mirar de hito en hito a Esther, que lo contemplaba desde la puerta que ponía en comunicación el salón y el dormitorio? Ningún

ruido, pues él, indudablemente, no había oído el que ella hiciera al abrir y cerrar la puerta del apartamento, detrás de la que se demoró unos instantes, y no pudo oír, dada su levedad, el de la bolsa de plástico con víveres que posó sobre las baldosas, junto a sí, al descubrirlo entregado a su sombrío juego. ¿El horror de la muchacha, quizá, que fue adquiriendo cuerpo, y creciendo, hasta tornarse una presencia con más realidad que la de aquélla que la había generado? ¡Ay, aquel horror se diluyó instantáneamente en un grito inarticulado, al que siguió un silencio, cargado de violencia, que Esther fue arrastrando penosamente tras de sí hasta llegar a la altura de Miguel, a quien miró, como por primera vez ahora, con ojos desorbitados!

—Me ofendes —murmulló—. ¿Es eso lo que querías?

Él no pudo responder: vista y no vista, la mano derecha de la muchacha caía ya sobre su rostro, groseramente maquillado, en una estruendosa bofetada. Intentó sonreír, entonces, pero sus labios, apenas entreabiertos, se cerraron al advertir él la mueca de desagrado que la visión de sus dientes amarillentos había provocado en su compañera. No supo, pues, acorralado como se hallaba, sino balbucear una torpe justificación, la cual produjo, explicablemente, un efecto contrario al que, sin duda, deseaba:

—Es una broma —acertó a silabear antes de que Esther, de un manotazo, hiciera caer su peluca al suelo.

Ella no pareció haberlo escuchado.

—Esos zapatos son míos —dijo—. ¿Por qué no te los quitas?

Se descalzó Miguel.

—Y el vestido. ¿O acaso lo compraste tú? ¡Sácatelo ahora mismo si no quieres que —cerró los puños— te lo saque yo, y de mala manera!

Y al ver que él había obedecido, y que, desnudo ya, pugnaba para desprenderse de las pulseras:

—No, no te molestes —añadió—. Te sientan muy bien. Quédatelas, marica. —Siguió con la vista las maniobras desesperadas que el muchacho, al oír el insulto, inició para arrancarse del brazo los aros multicolores, y que culminaron

con la rotura de los mismos en un clima de plena exasperación—. ¡Ah! Te avergüenzas, ¿verdad? Pues a mí de lo que me da vergüenza es de verte con la cara pintarrajeada, como si fueras una puta o una mona. ¿Sabes? Y te digo más: que eso no lo permito en mi casa. ¿Te enteras? ¿Te enteras? —Y, cogiéndolo del pelo, lo arrastró por todo el dormitorio (él, sorprendido, se resistía), lo introdujo en el cuarto de baño, y una vez allí, sin soltar su presa, abrió uno de los grifos del lavabo y comenzó a echar agua en el rostro de su víctima.

—¡Qué sinvergüenza! —repetía—, ¡qué sinvergüenza!, —mientras que, con la mano desnuda primero, con una manopla de crin después, iba borrando penosamente los restos del maquillaje—. ¡Y qué canalla! —exclamó cuando, habiendo levantado de un tirón la cabeza del muchacho, advirtió que el rímel se le había extendido por los párpados y por debajo de los ojos, marcándole unas irrisorias ojeras—. ¿Te encuentras bonito? —Los dos rostros se observaban en el espacio inquietante del espejo—. ¡Pues yo te veo horrible! —Y como quiera que él no reaccionara, mudo y patético—: Me das miedo —agregó, haciéndole volver la cabeza, y darle cara—. Miedo y repugnancia —con la mano libre le limpiaba los ojos, de los que, quizá por la violencia con que eran restregados, se desprendían lágrimas—. ¡Y deja de llorar! —gritó—. Que no eres una hembra. ¿Has perdido los cojones? —Se levantó las faldas, al tiempo que el muchacho, dejando de mirarla, hundía de nuevo, por propia voluntad, la cabeza en el lavabo—. Pues si tú los perdiste, yo no. ¡Mira! —Y aprovechando la postura de él, con un movimiento colérico, introdujo la cabeza de su miembro erguido, pequeño y duro, entre sus dos nalgas.

—¿Qué haces? —musitó Miguel—. ¡Por Dios, eso no! —dijo. Pero sin cambiar de postura. Y ya el miembro, habiendo vencido su resistencia muscular, estaba dentro.

Esther no se movía. Con el glande tan sólo en el interior de su pareja, miraba la nuca del muchacho y entornaba los párpados cada vez que el esfínter de éste se contraía sobre la carne endurecida que lo dilataba. «Nunca te perdonaré esto»,

susurró. Y dio un gran grito. «¡Canalla, canalla!», exclamó, golpeando las anchas espaldas sobre las que, en el arrebató de la eyaculación, se doblaba.

Una gota de sangre corría, muy lentamente, por la cara interna de uno de los muslos abiertos de Miguel, tumbado boca abajo, con el corazón retumbante, sobre la cama. Su progresión era estorbada por el vello, lo que, unido a la cicatrización progresiva de la herida que lo alimentaba, hacía que resultara del todo improbable que pudiera llegar hasta las sábanas.

—¡Que las manche! —murmuró, no obstante, Miguel, despegando de ellas el rostro sudoroso, que mantuvo así, penosamente en alto, el tiempo necesario para gritar—: Me marcharé en seguida, en cuanto se me alivie el dolor. ¿Te importa que aguarde aún unos minutos?

No recibió contestación. Y aún peor: su voz había puesto de manifiesto que, muy probablemente, se encontraba solo en el apartamento, tal era la densidad del silencio que siguió a sus palabras.

Se levantó para comprobarlo. Con las piernas muy separadas, a fin de disminuir en lo posible el roce de sus carnes dañadas, avanzó penosamente hacia la cocina. «¿Esther?», dijo. No estaba allí. Por lo que, renqueante, regresó de nuevo a la cama.

La luz solar, que entraba por la ventana abierta, lo patinó por completo de oro tibio no bien se hubo echado sobre las sábanas. Cantaba una mujer en la casa de enfrente —«¿qué importa que me vean?», pensó Miguel— y un vientecillo fresco, alzado de improviso hacía temblar el vello de sus piernas. Lo venció la modorra. ¡Ah, descansar así...! «Ya volvió», se dijo, al oír que, a distancias que le parecieron incalculables, una puerta —la del apartamento— se cerraba. Y, tranquilizado por los rumores que comenzaron a llegarle de la cocina —vasos, piezas de la batería, cubiertos y platos, agua—, dejó que el sueño lo dominara.

Al abrir los ojos —¿cuánto tiempo después?; y, ¿qué lo habría despertado?—, supo, aunque no vio —su cara estaba vuelta hacia el muro de la ventana— nada que no fuera

usual, que algo alarmante estaba ocurriendo en la estancia. Tardó, no obstante, en girar sobre sí —cada uno de sus resortes defensivos se había puesto inmediatamente en tensión, pero el miedo, contra el cual movilizó, tras unos segundos durante los que se sintiera poseído por él de la cabeza a los pies, todas sus energías, pugnaba, tenaz, para bloquear hasta sus más pequeños mecanismos de reacción, paralizándolo— y cuando lo consiguió —le latía de nuevo la herida en su interior, en el nacimiento mismo de sus piernas — no pudo contener un grito: cuatro policías, pistola en mano, lo contemplaban.

—¿Qué pasa? —preguntó, incorporándose, cubriéndose apresuradamente el sexo con las sábanas.

Pero al ver que Esther, detrás de los hombres, se cubría el rostro con las manos, comprendió que de nada valía el disimulo, por lo que, sin esperar la improbable respuesta a su interrogante, brincó de la cama y buscó refugio, de modo irrisorio, en el más próximo rincón, cubriéndose la cara con el antebrazo.

—¿Tiene armas, señorita? —indagó el más viejo de los policías.

Ella negó con la cabeza.

—¡No le peguen, no le peguen! —gritó al advertir que los cuatro hombres, enfundando sus pistolas, se habían puesto en movimiento hacia Miguel—. ¡Me prometieron que no le harían nada!

El policía que le había hecho la pregunta, llevándose un dedo a los labios, le pidió que guardara silencio, y, con tres pausados tirones, bajó por completo la persiana.

—Haga el favor de encender la luz —dijo—. Y váyase fuera.

Lo que ella hizo. Mas no antes de ver cómo aquel hombre se acercaba al muchacho, y, sin dejarle adivinar su intención, le propinaba un brusco puntapié en el tobillo, y, encadenadamente —aprovechando que Miguel había bajado el antebrazo y levantado la pierna para tocarse la zona dolorida—, un seco puñetazo en la barbilla, que dio con él en tierra.

Acurrucada en el sofá, con las piernas replegadas sobre el pecho y la frente apoyada en las rodillas, Esther, dolorosamente atenta, se esforzaba en interpretar los ruidos y los silencios que se iban alternando en el cuarto vecino. Al principio, no oyó nada —lo que resultaba inquietante—; después, una voz se alzó y dijo: «¿Es que vamos a tener que vestirse nosotros?», a lo que siguió una pausa angustiosa, muda, rota por alguien que, al tiempo que se movía —ella oyó las últimas palabras mejor que las primeras, lo cual probaba que quien fuera iba acercándose a la puerta de comunicación entre las dos habitaciones—, preguntaba con timbre amenazador: «¿Aún no acabas?», tras de lo que hubo un quejido y —ella se levantó, pero de inmediato volvió a sentarse, ahora con los pies en el suelo y las manos cruzadas sobre el pecho, demudada— muchas pisadas, entre las que distinguió las blandas y vacilantes de unos pies descalzos, cuyo sonido, cesando de súbito —la puerta del cuarto de baño había sido abierta de un empujón—, fue sustituido por el fragoroso del vómito y, alzándose por encima de éste, por el del agua del retrete al caer de la cisterna, con estruendo, sobre el interior manchado de la taza.

¡Ahora lo sacaban!

—¿No decía usted —ironizó el policía más viejo, mostrándole la pistola del muchacho— que no iba armado?

Pero ella, de pie ya, y temblorosa, delante del sofá, ni oyó lo que le decían, ni vio lo que le mostraban: no tenía ojos y oídos sino para Miguel, que, con el rostro tumefacto, con el estómago encogido y el tronco doblado, pasaba inacabablemente ante ella, y, dirigiéndole una mirada por aquel de sus ojos que no tenía el párpado caído, intentaba, inútilmente, articular —o al menos, ella así lo creyó— unas palabras.

No reaccionó hasta que pasaron muchos minutos —quizás había transcurrido una hora— desde que la puerta del apartamento se cerrara. Y lo que hizo entonces, lo hizo de modo sonambúlico: alisarse el pelo con una mano, enjugarse con el pañuelo una lágrima que quizá sólo existía en su imaginación, recorrer la distancia que separaba el sofá —se

hizo un rasguño en la pierna, al chocar con una esquina de la mesita que había ante éste— del mueble-biblioteca, y alzar la tapa de una gran caja oscura que ocupaba casi por completo una de sus baldas. Era un tocadiscos, cuyo plato, cuyo brazo, cuyos mandos parecieron fascinarla: fue rozando con el dedo índice de su mano derecha cada uno de ellos, y tuvo que hacer un esfuerzo visible, luego, para desviar los ojos del aparato y orientarlos hacia la ventana. Suspiró, mirando, sin ver, el trozo de cielo, crestado por las chimeneas y el pretil de la azotea de la casa de enfrente, que adensaba su azul en el tercio superior del espacio acotado por el marco de la misma, y entonces sí que una lágrima auténtica se desprendió de cada uno de sus ojos, de manera inexplicable.

Había puesto en marcha el tocadiscos, y había sacado de la parte inferior del mueble-biblioteca un álbum —cuyo título no miró—, y de éste, el primero de los discos que contenía, el cual colocó —inadvertidamente, por la cara B— sobre el plato, accionando seguidamente el brazo, de forma que el diamante de su cabeza entrara en el surco, lo que provocó un pequeño chasquido. Pero ya la música —de Mozart, sin duda— se alzaba de la sinuosa espiral de azabache, borrando con su presencia totalitaria cada uno de los elementos integrantes de la habitación, esta misma, el mundo —que se dibujara hasta aquel momento en el lienzo inexistente enmarcado por la ventana—, y a la propia Esther, que, sin darse cuenta, musitó: *Così fan tutte*, con un no menos involuntario encogimiento de hombros.

Tres hombres y dos mujeres. Un recitativo nervioso, seco. Y la música, retenida por las voces de los cantantes, pugnaba para desarrollarse plenamente. Mas la jerarquización del diálogo la coartaba.

¡Cuánto cinismo y cuánta inocencia! Ellos, los dos amantes, a indicación del tortuoso don Alfonso, fingen tristeza por el dolor que su marcha a la guerra suscita en las dos hermanas que les están prometidas, siendo así que sólo se trata de una estratagema para probar la fidelidad de las mismas: reaparecerán en seguida, disfrazados, para ver, cada uno, de seducir a la amada de su compañero. ¡Y el duettino,

grotesco, a continuación! ¿Más protestas de amor? Todo falso, falso...

Un redoble de tambor. ¡La befa, ahora! Una barca en la orilla, a la que subirán los dos perjurios, cargada de soldados. Que entran a coro con los hombres y mujeres que acudieron llenos de curiosidad a presenciar la despedida, un canto grotesco a la vida militar. ¿No os dais cuenta, estúpidas, de que la comicidad de la canción entonada por tantos constituye un testimonio del infame fraude?

Aunque, pensándolo bien, hay un fondo de tristeza en la música que acompaña a las voces, y también, poco después, en la que sostiene el diálogo del quintetto subsiguiente —al cual, ¡ay!, el aparte de don Alfonso sitúa en el plano de la verdad—; y melancolía, en la del tercettino que cierra la escena séptima, que es auténtica por lo que hace a las dos hermanas, e impíamente falsa por lo que respecta al hombre que maquinó todo el engaño.

Y es que Mozart se mantuvo siempre en el vértice de la existencia, en el punto mismo donde confluyen los tiempos: el dolor acabará, y es la alegría, pero ésta también tiene contados sus minutos. ¿Cómo optar, pues, allí donde el cambio es ley, por la risa o por las lágrimas? ¿Y cómo decidir acerca de la validez, de la autenticidad de una o de otras, y aun de la capacidad de cualquier cosa para persistir en su ser?

«*Quante buffonerie!*», dice ahora don Alfonso, con un énfasis que resultaría inexplicable si no se estuviera refiriendo, más allá del embrollo por él creado, a la vida en su conjunto, aunque se obstine en pensar que sólo habla del universo femenino, según prueban las palabras con que encadena, a las que el lirismo sublima:

*«Nel ruare solca
e nell' arena semina
e il vago vento
spera in rete accogliere
chi fonde sue speranze
in cor de femmina».*

¡Oh, el cretino! Menos mal que, casi sin pausa, Despina, la criada de las dos hermanas, le da respuesta, sin saberlo, con una serie de quejas sobre la condición de camarera, que puede legítimamente extenderse a la de mujer, sin restricciones.

¡Esa Despina! Presta a vender, a traicionar a sus señoras. Y sin embargo, tan lúcida. ¿Qué canta ahora, después de discutir con sus amas, siempre dispuestas a dejar la presa por su sombra, a mentirse a sí mismas? La música da su verdadero alcance, casi insoportable, a los consejos con que, después de haber denunciado el fingimiento y la perfidia consustanciales al hombre, abre nuevos caminos a la existencia de las dos hermanas. Dice —¡muy bien!— así:

*«In uomini, in soldati
sperare fedeltà?».*

Ríe —una desbordante carcajada— y prosigue:
«Non vi fate sentir, per carità!».

* * *

El disco había cesado de girar. Extinguida la música, mientras que los muebles, el cielo, la fachada de la casa de enfrente, los ruidos de la calle iban recuperando su corporeidad de siempre, Esther, pensativa hasta entonces, dejó de estarlo, y, abriendo, decidida, resuelta, una de las puertecillas del mueble en el que se apoyaba sacó de él algo: un objeto rectangular, sobre cuya superficie echó vaho, que eliminó luego con la manga derecha de su vestido.

—De nuevo, todo está en orden —dijo.

Y colocó la fotografía, con marco de plata, del presidente Suárez, en la balda de la que Miguel le obligara a quitarla.